

# BUEN HUMOR

40 Céntimos



*Barbero* 24

DIB. BARBERO.—Madrid

—Me gusta mucho más la morena.  
—¡Ya lo creo! Hay una diferencia notable.  
—No; notable, no. ¡Sobresaliente!



# BUEN HUMOR

SEMANARIO SATÍRICO

## PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

(Pago adelantado.)

### MADRID Y PROVINCIAS

Trimestre (13 números).....	5,20 pesetas.
Semestre (26 — ).....	10,40 —
Año (52 — ).....	20 —

### PORTUGAL, AMÉRICA Y FILIPINAS

Trimestre (13 números).....	6,20 pesetas.
Semestre (26 — ).....	12,40 —
Año (52 — ).....	24 —

### EXTRANJERO

UNIÓN POSTAL

Trimestre.....	9 pesetas.
Semestre.....	16 —
Año.....	32 —

### ARGENTINA. BUENOS AIRES.

Agencia exclusiva: MANZANERA, Independencia, 856.

Semestre.....	\$ 6,50
Año.....	\$ 12,—
Número suelto.....	25 centavos.

Redacción y Administración:

PLAZA DEL ÁNGEL, 5.—MADRID  
APARTADO 12.142



## Calzados PAGAY

LOS MÁS SELECTOS, SÓLIDOS Y ECONÓMICOS

MADRID: Carmen, 5.

BILBAO: Gran Vía, 2.

PARÍS y BERLÍN  
Gran Premio  
y  
Medallas de oro.

# BELLEZA

No dejarse engañar,  
y exijan siempre esta  
marca y nombre  
**BELLEZA**

## Depilatorio Belleza

Tiene fama mundial por ser el único inofensivo y que quita en el acto el vello y pelo de la cara, brazos, etcétera, matando la raíz sin molestia ni perjuicio para el cutis. Resultados prácticos y rápidos. Único que ha obtenido Gran Premio.

## Tintura Winter

Basta una sola aplicación para que desaparezcan las canas. Sirve para el cabello, barba o bigote. Da matices perfectamente naturales e inalterables. Pídenla negro, castaño oscuro, castaño natural, castaño claro, rubio. Es la mejor, más práctica y más económica.

## Angelical Cutis

LIQUIDO (blanco o rosado). Este producto, completamente inofensivo, da al cutis blancura fija y finura envidiables, sin necesidad de emplear polvos. Su acción es tónica, y con su uso desaparecen las imperfecciones del rostro (rojeces, manchas, rostros grasientos, etc.), dando al cutis belleza, distinción y delicado perfume.

## Pelífero Belleza

Vigoriza el cabello y lo hace renacer a los calvos, por rebelde que sea la calvicie.

## Loción Belleza

Con perfume de frescas flores. Es el secreto de la mujer y del hombre para rejuvenecer su cutis. Recobran los rostros marchitos o envejecidos lozanía y juventud. Especialmente preparada y de gran



poder reconocido para hacer desaparecer las arrugas, granos, barros, asperezas, etc. Da firmeza y desarrollo a los pechos de la mujer. Absolutamente inofensiva, pues aunque se introduzca en los ojos o en la boca no puede perjudicar.

## Almendrolina Belleza

### CREMA ALMENDROLINA

Es la reina de las cremas. Complace a la persona más exigente. Rejuvenece, embellece y conserva el rostro, y, en general, todo el cutis de manera admirable. En seguida de usarla se notan los beneficiosos resultados, obteniendo el cutis gran finura, hermosura y juventud. La CREMA ALMENDROLINA, marca BELLEZA, garantizamos estar exenta de grasas y demás sustancias que puedan perjudicar al cutis. Reúne las condiciones máximas de pureza, y es completamente inofensiva. Preparada a base de finísima pasta de almendras y jugo de rosas. Delicioso perfume.

## ES EL IDEAL Rhum Belleza FUERA CANAS

A base de nogal. Bastan unas gotas durante seis días para que desaparezcan las canas, devolviéndoles su color primitivo con extraordinaria perfección. Usándolo una o dos veces por semana, se evitan los cabellos blancos, pues, sin teñirlos, les da color y vida. Es inofensivo hasta para los herpéticos. No mancha, no ensucia ni engrasa. Se usa lo mismo que el ron quina.

DE VENTA en las principales perfumerías, droguerías y farmacias de España y América. — Canarias: droguerías de A. Espinosa. — Habana: droguería de Sarrá, Teniente Rey, 41. — Buenos Aires: A. García, calle Florida, 139.

Fabricantes: ARGENTÉ, HERMANOS, Badalona (España)



# SECCIÓN RECREATIVA DE "BUEN HUMOR"

por NIGROMANTE

## Bases para el Concurso de julio.

Primera. Se concederán tres premios a los concursantes que envíen el mayor número de soluciones exactas a los pasatiempos que se publicarán en los números de BUEN HUMOR correspondientes al mes actual.

Dichos premios serán:

1.º Un billete de lotería para

1.—Diosa.

ESTRO SIN EN

ODIN 11

CUPÓN

correspondiente al núm. 136

de

BUEN HUMOR

que deberá acompañar a todo trabajo que se nos remita para el Concurso permanente de chistes o como colaboración espontánea.

el primer sorteo del próximo octubre.

2.º Medio billete de lotería para el mismo sorteo que el anterior.

3.º Tres décimos para el mismo sorteo que los anteriores.

Segunda. Si varios concursantes remitiesen igual número de soluciones exactas, se sortearán entre ellos los premios correspondientes.

Tercera. Todas las soluciones habrán de remitirnos reunidas antes del día 8 de agosto, haciendo el envío a la mano a nuestra Redacción

2.—Una planta.

PUERRO

LA REINA  
SE COME  
AL REY

3.—Un sujeto que fizna.

—Mal prima-cuarta llevas, Matías.

—Eres tú un tercia-tercia muy segunda-segunda para decir eso.

—Pero trabajo muy bien el dos-cuarta... y tú no

—Lo que te digo es que no pasas de ser un vulgar todo.

o por correo, precisamente a nuestro apartado número 12.142. En el sobre debe ponerse: *Para el Concurso de pasatiempos.*

Cuarta. Para optar a los premios será condición indispensable enviar las soluciones acompañadas de los cupones del mes de julio insertos en esta página. A los suscriptores de BUEN HUMOR les bastará con indicar esta circunstancia al remitirnos sus pliegos.

Quinta. En uno de los primeros números de agosto se publicarán

las soluciones y los nombres de los concursantes que los hayan enviado exactas. En este número anunciaremos también la fecha en que ha de celebrarse el sorteo de los premios.

Sexta. Los premios deben recogerse en nuestra Administración cualquier día laborable, de cuatro a ocho de la tarde, previa la presentación de un recibo extendido con la misma letra que se haya empleado al escribir las soluciones enviadas.

5.—Ciertas italianas.

II

JULIOA  
RED-A

6.—Una jactancia (frase).

—¿Ustedes saben lo que echa el señor R?  
—¿Qué?

ABERTURA

O O

Cupón núm. 1

que deberá acompañar a toda solución que se nos remita con destino a nuestro CONCURSO DE PASATIEMPOS del mes de julio.

4.—De Astronomía.

1000

LA DEFIENDE ZAMORA

En esta época es cuando no debe usted olvidar tener en su casa los famosos

POLVOS INSECTICIDAS

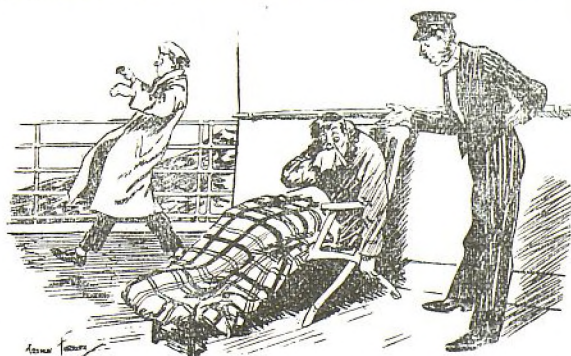
DE

LEYER Y COMPAÑÍA

Infalibles para la destrucción de toda clase

: :: de insectos :: :

Los diarios "La Razón", "Crítica", "Última Hora" y "El Telégrafo", así como las revistas "El Hogar", "Mundo Argentino" y "El Suplemento", de Buenos Aires, nos dan constantemente pruebas de su simpatía publicando dibujos y chistes de BUEN HUMOR. Como es natural, estas deferencias y predilecciones nos tienen encantados...; pero sería mayor, si cabe, nuestro agradecimiento si no olvidaran, con tanta frecuencia, hacer constar que los copian de nuestra revista. Además, si así lo hicieran, cumplirían con lo que disponen las leyes respectivas de propiedad intelectual de la República Argentina y de España.



EL MAYORDOMO DEL BUQUE.—Es nuestro sino, señor, de trabajo para nosotros y de placer para usted.

(De The Humorist, Londres.)





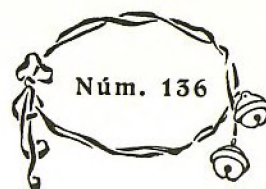
Los entusiastas  
partidarios de los depor-  
tes son también conven-  
cidos partidarios del  
**A G U A D E**  
**COLONIA AÑEJA**

Conocen la deliciosa sensa-  
ción de bienestar y frescura  
que proporcionan, después  
de las violencias del ejercicio  
físico, unas buenas fricciones  
con esta exquisita Agua de  
Colonia, compuesta de alco-  
hol neutro de 90° y esencias  
concentradas de flores y fru-  
tas. Es un eficaz estimulan-  
te de la energía física. Toni-  
fica los nervios y da a los  
músculos agilidad y vigor.

Frasco de litro, 15 pts.; frasco pequeño, 2,50  
en toda España.

PERFUMERÍA GAL. -- MADRID





## YA ESTÁ ÉSE AHÍ

**A**NOCHE los vimos: iban muy amartelados, en el tranvía, mascándose, degustándose con los ojos. La madre, al lado, más allá del bien y del mal y del qué sé yo, reprimía un prudente bostezo, sin hacer caso de la pareja. Todos los viajeros contemplamos enternecidos aquel cuadro, digno de la pluma bonachona de un Trueba o de la musa acatarrada de un Pérez Escrich.

Los novios no debieron de decirselo todo anoche, por cuanto esta mañana, a la hora en que las chicas sacuden las alfombras, ya estaba él hablando desde la acera con la amada, en lo alto del principal. Este novio, que tiene notoria cara de mentecato, rasuradito, acicaladito y tal, padece una sed inextinguible de novia, sed amarga y anchurosa como el Océano. Por la mañana, de nueve a dos, viene a charlar con la querida interlocutora; vuelve después, de tres a nueve, hora en que se retira a comer unos filetes para reponer fuerzas, y torna muy luego a fin de dialogar hasta las tantas de la noche o salir acompañando a la madre y la hija y cuchichear, con prisa de andén, en el cinema.

Todos los vecinos estamos divertidísimos con esta pareja, que constituye la atracción más profusa y permanente de la calle. Cada cual de nosotros forjamos nuestra conjetura, para amenizar la espera; porque se da el caso de que, cuando el hombre tarda en venir, todos nos ponemos un poco nerviosos y damos unas pataditas discretas en el balcón. El novio infatigable no debe de tener otra ocupación más perentoria que la de departir con la mujer elegida. Pero es el caso que ningún vecino le hemos notado gesto de rentista o de hijo de familia pudiente. Y lo peor es que, según sabemos todos por referencias de la portera, transmitidas a nuestra criada, la cual se apresuró en cumplimiento de su deber a comu-

nicárselas a nuestra esposa, lo peor es que la novia del novio no es sino una pobre cursilina de tantas, que ahorra patatas para lucir medias de seda. ¿Qué busca, pues, este perseverante de la acera? ¿Qué se propone? ¿Para qué se ha enamorado?

Sin duda, y en ello estamos conformes todos los de la vecindad, se trata de un voluptuoso de la conversación. Este novio—un poco novio de todo el mundo—no ignora que el hombre, especialmente en su época de novio, es un animal sociable, y le espanta la soledad tanto como el mutismo. Ahora bien: entre conversar con un semejante cualquiera, que puede referirnos historias dolorosas de habilitados y prestamistas, o «colocarnos» una novela corta, y oír la voz melodiosa de una mujer, no ha lugar a vacilaciones. Viéndole, en efecto, se le nota que la charla le hace provecho. Su expresión ha-

bitual de idiotilla va modificándose, y las necesidades que barbotea, alguna de las cuales atrapamos al vuelo, no son, como de costumbre, necesidades indecisas, inseguras aún, sino terminantes,azonadas, definitivamente necias. La novia, lisonjeada, se ríe mucho, y nosotros también. El pobre chico habla por los codos, a destajo, sin conciencia ni tino, atropelladamente, con agonia, temeroso de que se le escape de pronto la laringe y se le mustien los pulmones. Sería curioso instalarle al lado un taquígrafo, porque así podríamos muchos ignorantes estudiar el increíble grado de facundia a que llega la gandulería de un hombre confabulado con su cretinismo erótico...

Las muchachas le echan encima la suciedad de alfombras y ropas con ímpetu frustrado de lapidadoras; las niñas solteras de otros balcones se asoman a mirar porfiadamente al hablador irreducible; los hombres salimos de cuando en cuando a verle con una sonrisita de taimada persistencia. Mas todo ello es inútil: el locuaz, el churrullero, no cesa. Algunas veces, al mirar hacia arriba, nos ve a todos los vecinos inclinados sobre la barandilla, con fruición de oyentes; y no se lo traga la acera. Le detestamos, pero, en el fondo, sentimos por él cierta simpatía. Al fin se ha dicho ¡ah! que del odio al amor hay un paso. Nos hemos habituado a su presencia constante, y sospechamos que no sabríamos pasarnos sin él. Todas las mañanas, al ponernos a trabajar, le recordamos. «Ya debe haber salido de casa; pronto llegará», pensamos. Y nuestra maquinita, con la que nos ganamos el pan, tectea esperanzada. Al fin, aparece en el umbral del despacho nuestra compañera, y una inefable conmoción nos agita deliciosamente. En nuestro oído resuenan las palabras mágicas, las que ya acelerarán el trabajo, haciéndolo más dulce y fecundo: —Tú, ya está ése ahí...



Dib. SILENO.—Madrid

E. RAMÍREZ ÁNGEL



## CUESTIONES DE POCO PESO

## LA FÁCIL HONRADEZ

En el mundo hay muchas cosas fáciles, sencillas y viables: por ejemplo, hacer una pajarita de papel, escribir unos versos ultraístas, ser miembro de alguna Academia y no pagar el impuesto de inquilinato. Pero nada tan viable, fácil y sencillo como obtener patente oficial de honradez. Basta con poseer un poco de ingenio y con no desaprovechar las ocasiones. Me explicaré con un ejemplo práctico, ejemplo fundado a su vez en un hecho real y positivo, de cuya autenticidad respondo con el cráneo.

Una mañana del pasado y florido mes de abril—más pasado que florido—, un caballero de porte elegante y maneras distinguidas encontróse en la calle de Claudio Coello, esquina a Don Ramón de la Cruz, un maravilloso billete de quinientas pesetas, rutilante, señorial, lleno de esplendidez y de boato. El feliz autor del hallazgo guardóse rápida y discretamente el ri-

quísimo papelucho y ufano de su suerte, se dirigió a su domicilio, donde, libre de miradas impertinentes, lo examinó una y mil veces, hasta cerciorarse de su legitimidad. Después, volvió a salir, y en el primer estanco del trayecto se dió el insigne gustazo de apabullar a la estancuera pidiendo una cajetilla de cincuenta y dándole, para que se cobrara, el fantástico billete. Y desmenuzando que fué éste en otros varios de diferentes magnitudes y cifras, nuestro héroe se fué a la oficina, y en la satisfacción del deber cumplido, firmó, orgulloso de sí, el parte de entrada. Hasta aquí la cosa nada tiene de particular. Nuestro hombre se había encontrado un billete y se lo había guardado tranquilamente. Lo que haríamos todos, digan lo que quieran los termómetros. Pero mientras cualquiera de nosotros se contentaría con su fortuna cuidándose muy bien de meterse en golondrones, el ciudadano en cuestión

quiso obtener el certificado oficial de honradez, y requiriendo a su compañero y amigo de toda confianza y de ningún dinero, le espetó esta pregunta sensacional:

—¿Quieres ganarte cinco duros?

El aludido abrió unos ojos más grandes que los del puente de Toledo. Hay dudas que ofenden. ¿Qué había que hacer?

—La cosa es muy sencilla. Acabo de encontrarme en la calle del Barquillo, esquina a Fernando VI, un billete de cien pesetas. Yo, como sabes, soy un hombre decente, pero me parece una primada desprenderme de ese dinero. Ahora me voy a la Comisaría y lo entrego, diciendo dónde lo he hallado. Tú te presentas allí dentro de un cuarto de hora y afirmas, bajo palabra de honor, que en el mencionado sitio has perdido la susodicha suma. Para mejor testimonio, puedes decir que en el billete, la mano ignorada de un predecesor había estampado este rótulo de actualidad: «¡Viva el Directorio!...» Con tales señas no dudarán en entregarte el billete. Tú me lo devuelves sin pérdida de tiempo. Yo te doy los cinco duros por el servicio. Y los dos quedamos como las propias rosas. Eh, ¿qué tal?

Al día siguiente publicó toda la Prensa una noticia diciendo que el probo funcionario don Fulanito de Tal y Tal había encontrado en la calle un billete de cien pesetas, apresurándose a entregarlo en la Comisaría, donde, a poco, se presentó su dueño—un desgraciado padre de familia—a quien le fué devuelto inmediatamente... La Prensa, siempre tan propicia a elogiar los hechos laudables, ponía en las nubes aquel rasgo de honradez, dando un bombo fenomenal a don Fulanito, bombo que leyó el jefe inmediato de éste, y que, transmitido reglamentariamente al director general, produjo una nota favorable en el expediente del interesado.

Con lo que don Fulanito de Tal y Tal se ganó cuatrocientas setenta y cinco pesetas, cobró fama de hombre honrado y se puso en condiciones de ascender.

Díganme ustedes ahora si la honradez no es una cosa muy fácil, muy sencilla y muy viable.

MARCIANO ZURITA



Dib. LÓPEZ REY.  
Madrid.

EL.—¿Pero tu padre sabe ya algo de nuestras relaciones?

ELLA.—Saberlo, no; pero creo que está algo amoscado.

Por doce pesos argentinos pueden nuestros amigos de Hispanoamérica tener un año de  
:: :: :: BUEN HUMOR, pidiéndolo a nuestro representante :: :: ::

A. MANZANERA.—Independencia, 856.—BUENOS AIRES

:- :- En Buenos Aires sólo cuesta 25 CENTAVOS el número de BUEN HUMOR :- :-





Dib. LAMBARRI.—Zaragoza.

COSAS "BIEN"

- ¿Que te regalaron el día de tu santo?  
 —Muchas cosas. Poto, una cartera; Nano, un bastón, y mi prima Els, un Murillo auténtico...  
 —¿De plata?



**ALELUYAS  
: NUEVAS :**

# EL RELOJ A TRAVÉS DE LOS TIEMPOS Y DE LA VIDA

SEGUNDA PARTE

*El reloj de sol.*—Es el menos recomendable para los hombres civilizados porque no alimenta a los relojeros, que es la principal misión de los relojes. El reloj se hubo de inventar para justificación de un oficio, como el traje para que haya sastrerías. Tiene asimismo el

grave inconveniente de que no los toman en las casas de préstamos y el no menos grave de que no hay modo de discutir lo que marca. Además, no funciona por la noche. Es un expendedor de tiempo que tiene sus horas. Sus horas y sus minutos. Tiene cuerda para

toda la vida. Y, sin embargo, no se le siente. Sirve de barómetro además. En cuanto hace mal tiempo, se para.

*El reloj de cuco.*—Este es un reloj impertinente que, sin que sepamos por qué, da una particular sensación de artilugio rural. Juega al escondite con el tiempo. El cuco, que abre la ventana y mueve unas ruedas con un estrépito de mil diablos, y abre el pico y se inclina hacia delante, casi nunca lanza su *cucú* «sombrón». Es un pájaro afónico. Al desaparecer nos deja tranquilos. Las hojas de su pequeña ventana de madera siempre cierran mal. Y se advierte a través de la rendija al deforme pajarito ingenuo emboscado detrás. El reloj de cuco nunca ha sido nuevo. Se construyen ya viejos. Es posible que no existan ya y hasta que no hayan existido nunca. Ni el cuco ni el coco, que son dos cosas semejantes.

*El reloj de pesas.*—Es el reloj de torre doméstico. Tiene un prestigio casi eclesiástico. Su *tic-tac, tic-tac, tic-tac* sereno y respetable es el ruido que se oye desde todos los ámbitos de una casona vieja. Estos relojes, encerrados en una caja oscura y acristalada que parece un féretro puesto en pie, no suelen dar la hora. Cuando llega el instante de ello un hondo gruñido metálico se produce amenazador en sus entrañas. Pero la campana no llega a sonar. Parece que el tiempo se ha dormido y que en el instante de sacudir el badajo da media vuelta entre medio dormido, rezonga un poco y se vuelve a dormir de cara a la pared y huye de su obligación o se olvida de ella.

*El reloj que tiene una fuente de cristal.*—Hay unos relojes dentro de una oscura caja de madera en la que una cabeza de león abre la boca para que descansen en un piloncillo dorado una barra salomónica de cristal que gira para dar la sensación del agua que corre. Este reloj cuando se para produce el frío suficiente para helar el chorrillo de agua que se inmovilizó. Ni marcan el tiempo ni quitan la sed. Encierra en su caja dos mentiras. No se producen mas que en los escaparates de los relojeros. Nadie ha comprado nunca un reloj así. Ni siquiera lo tuvo Carlos V. Es el reloj inexplicable e idiota.



Dib. XIMÉNEZ HERRÁIZ.—Madrid.

—Niña, haz el favor de no timarte, que nos va a seguir hasta casa...





—¡No mires, eso, ninchil! ¡Que esa se trae una combinación!...

Dib. BERGSTRON.—París.

**El reloj de bolsillo de tres tapas de oro.**—Es el de los hombres que están habituados a decir que el tiempo es oro. El de los banqueros, el de los ministros de Hacienda, el de los presidentes de Consejo de Administración. En este reloj se guarda el tiempo como los billetes de Banco en una caja de caudales. Aquí, pues, viven las horas en una triste cautividad. Parece que esta prisión favorece el cumplimiento del deber. Porque estos relojes suelen marcar perfectamente. O el tiempo vive mejor que en parte alguna porque está muy bien alojado en la jaula de oro y no siente la tentación de escapar o no le es posible trasponer las tres tapas. Suele agravarse su cautiverio con una cadena. Pero lo más interesante es que, a pesar de todo, el dueño del reloj es el verdadero esclavo del tiempo cautivo.

**El de la esfera luminosa.**—Es el reloj de los fantasmas. De noche lanzan sus horas y sus manecillas una luz espectral de apariencias alucinantes.

Cuando en la obscuridad de la alcoba se aparece, así el tiempo tiene todo su valor de cosa de más allá de la vida. Un reloj así debía haber marcado la llegada del Comendador «al sacrilego convite» de D. Juan. Los trazos fosforescentes de la esfera son como un esqueleto de las horas. Hay que tener un gran valor para mirar en la noche a la esfera cara a cara. No sabe uno si está despierto o está dormido. Además, la perseverancia de estos relojes que no descansan nunca, fatiga horriblemente. Parece que lo ha construido con fuegos fatuos un sepulturero.

**El cronómetro de los escaparates de las relojerías.**—Estos son el Tribunal Supremo de los relojes. Tienen sobre todos una insuperable autoridad. Su caja de caoba, su pulida esfera metálica, sus tornillos dorados y su pesadez le dan la apariencia de un instrumento de laboratorio. Es el alambique y el microscopio y la balanza específica del tiempo. Parece que con

ellos ha de apreciarse, además del quinto de segundo, los 500 gramos y los cinco milímetros de minuto. Dan la sensación de que no han de poder mirar en ellos la hora mas que los doctores en Ciencias. Su destino en los escaparates es hacer la propaganda del tiempo de primera calidad que allí se expende.

**Otros relojes.**—El minúsculo de péndulo y de pesas falsas, impertinente como un hombre pequeñín; el extraplano, donde el tiempo se congestiona; el de la esfera enorme, donde se fatiga el que arregla el aficionado; el que muerto yace en el fondo de un baúl, y otros; tales son los que mide el tiempo perdido y otra porción de cosas inútiles. Para vivir en paz hay que no usar ningún reloj. Andar a ciegas. Que no ha de faltarnos un lazarrillo con faldas que nos diga por dónde vamos y qué hora es.

CEFERINO R. AVECILLA





—¿Deme usted diez céntimos, señorito!  
 —Yo no doy limosna, niño...  
 —¡No, si es para ponérmelos en este chichón!

Dib. CISNEROS.—Madrid.

## UN CASO EXTRAÑO

William, el chófer del ilustre duque de Climent, se hallaba siempre en estado de embriaguez. Los amigos del aristócrata reprochaban a éste el que, conociendo lo aficionado que el mecánico era a beber *whiskey*, le tuviese a su servicio para conducir los automóviles de su propiedad.

—¿No comprendes—solían decirle—que llevas la vida vendida al tener un chófer borracho?

—Reconozco—replicaba el duque—que mi mecánico está beodo permanentemente... Pero, a pesar de tal defecto, es el mejor chófer que he tenido a mis órdenes. Conduce maravillosamente, posee una gran serenidad y maneja el volante de un modo prodigioso. En los catorce años que lleva a mi servicio, no ha dado el más leve escándalo.

¿Qué me importa, pues, que se emborrache?

En efecto, William, a pesar de que ingurgitaba toda clase de alcoholes, ni en sus horas de trabajo, ni en su vida privada, perdía su corrección británica. Nadie podía reconocer en él un aficionado a las bebidas fuertes, tales como el *whiskey*, el *brandy*, el *kirsch* y el ajeno, y únicamente su rostro encendido y rojizo le delataba como entusiasta del alcohol.

Para William la base primordial de la existencia era la bebida, y su filosofía se encerraba en estas dos manidas frases: «¡Beber para vivir!» y «¡La vida hay que pasarla a tragos!»

Cierta vez el mecánico, cayendo enfermo, pasó unos cuantos días postrado en el lecho; pero curó en breve

plazo, y un sábado, ya repuesto, el borrachín se lanzó a la calle.

A William, en cuanto puso el pie en el arroyo, comenzaron a sucederle cosas extrañas e inverosímiles. Cuantas imágenes alcanzaba su vista, se le presentaban invertidas: los edificios se hallaban boca abajo, y los tranvías, coches y automóviles circulaban por el cielo. La calle por la cual él caminaba, a pesar de ser una de las más amplias de Madrid, resultábale de una estrechez agobiante, y, por ello, tan pronto se encontraba en la acera de la derecha, como en la de la izquierda. Y además andaba dando traspiés.

Al pasar por la Gran Vía, William se detuvo, y comenzó a decir a gritos:

—¡Estoy muy alegre! ¡Estoy muy alegre!

Y empezó a llorar a lágrima viva... Unos chicos se detuvieron junto a él, para reírse de su aspecto, y William, al ver que se burlaban, cesó en su lloqueo y continuó caminando, hasta tropezar con un farol. A este farol, William le lanzó un elocuente discurso.

Luego, desembocó en la calle de Alcalá, y allí se le cayó el sombrero al suelo, y como no pudo recuperarle, contó su cuita a un árbol. William sintió que se transformaba en otro hombre, en un hombre terriblemente subversivo. De pronto, comenzó a gritar:

—¡Viva la República! ¡Abajo los guardias!

Y continuó así hasta llegar a la Cibeles, lugar donde William notó que comenzaba a fatigarse y que el sueño le invadía, y como los adoquines se le parecían a un mullido lecho de plumas, se acostó sobre la vía del tranvía, y comenzó roncar.

Algunos caritativos transeúntes, por evitar un atropello, trataron de despertarle; pero éste, muy indignado, limitábase a gruñir incongruentemente:

—¡Que cierren la puerta y me dejen dormir!

Se arremolinó la gente y acudieron unos guardias, los cuales, levantando a William, tras grandes esfuerzos, decidieron, como más apropiado, conducir al mecánico a la Casa de Socorro. Y allí le trasladaron, y William fué depositado sobre un sillón, donde el chófer, roncando y amodorrado, quedó reciamente dormido.

El médico de guardia le pulsó, le examinó la cara, y al conocer lo ocurrido, diagnosticó:

—Se trata del vulgar caso del alborotador callejero... Chilla, grita, llama la atención, y todos sabemos la causa de ello: si este hombre ha promovido escándalo en la vía pública, es, sencillamente, porque no se hallaba en su estado normal.

El galeno municipal tenía evidente razón. William, el chófer del ilustre duque de Climent, aquel día no se había emborrachado.

Luis ESTEBAN



HISTORIAS EXTRAVAGANTES

## EL EXITAZO DE UN CUADRO

El éxito del cuadro presentado en la Exposición por Betanzos (Clodomiro) ha sido tan redondo como el rueda de la plaza de toros y tan definitivo como un fallo del Tribunal Supremo.

El cuadro, así a primera vista y aun a segunda, no tenía nada de particular. Era un bodegón, y en él aparecían pintadas esas vulgaridades comestibles que los pintores ponen en cuadros de tal naturaleza. Un bodegón. Es lo que decía un compañero, envidioso del éxito:

—Si siquiera se tratase de un restaurante y de lujo.

Pues, amigos, nada de lujos ni de restaurantes: bodegón sencillo y de lo más bodegón posible. Como si dijéramos, de la Cava baja, pero...

Ya es sabido lo que el público profano suele hacer en las Exposiciones de pinturas. Mira indiferente a los cuadros y esculturas, hace un ligero comentario de la obra que tiene delante, dice dos ligeras chirigotas y se aleja sin mostrar más interés ni sentir otros deseos. Con el cuadro presentado por Betanzos (Clodomiro) no ocurría nada de eso, sino que, muy al contrario, tenía gran afluencia de público constantemente ante él y quien llegaba a contemplarle no hallaba manera de separarse del sitio, y así resultaba que la aglomeración era enorme ante la obra del afortunado pintor y el éxito se afianzaba. Y era un sencillo bodegón.

Betanzos (Clodomiro) se hallaba en sitio no muy lejano saboreando su triunfo, porque éste era enorme, según podía verse bien a las claras.

—Te felicito— solía decirle algún amigo—; el *clou* de esta Exposición es tu obra.

—Gracias, Mindiundi, gracias.

—¡Qué gracias, ni qué Murillo muerto! No hay más que verlo. Fíjate en ese señor gordo que está frente a tu cuadro: lleva allí cerca de media hora; aquella señora es la misma de todas las tardes, y el público en general cita a sus amistades frente a tu bodegón. Si esto no es un éxito velazqueño es que yo no entiendo una palabra de pintura aunque soy crítico de arte.

—Bien pudiera ser.

—¿Que no entienda de pintura?

—No, hombre; que sea el éxito que me dices.

Mientras tanto, el público no cesaba en los honores al cuadro de Betanzos (Clodomiro) y constantemente se oían los mismos comentarios e idénticas apreciaciones.

—Yo no sé qué tiene este cuadro; pero me atrae de un modo loco.

—Y a mí. Vengo todas las tardes con la idea de dar un vistazo general y

marcharme luego al jardín a merendar; pero, apenas entro, vengo aquí como atraído por un imán misterioso y contemplándole me olvido hasta de la merienda. Hasta parece que mi estómago sale satisfecho con la contemplación de esos comestibles.

—A mí ese plato de sardinas me atrae, y cuidado que las sardinas me hacen daño. No le digo más sino que hay días que al salir de aquí tengo que tomar bicarbonato.

No había que darle vueltas. Betanzos (Clodomiro) había triunfado en toda la línea por la presentación de su sencilla obra, que, dicho sea de paso, había sido adquirida rápidamente por el dueño de un restaurante famoso, y que al propio tiempo le había valido una porción de encargos.

Surgió el banquete, vinieron los discursos, se habló del Greco, se consagró de una manera definitiva al afortunado artista, y éste saboreó, además

de los delicados platos del menú, los halagos de la gloria.

Y cuentan que Betanzos (Clodomiro), a solas con una persona de su intimidad, habló de su cuadro.

—Tú, aparte de la ejecución, ¿a qué achacas el éxito del cuadro, y sobre todo, que ese éxito haya tenido tanta relación con los dueños de restaurantes, con los que iban a merendar y con otros aspectos alimenticios? ¿Es por ser un bodegón?

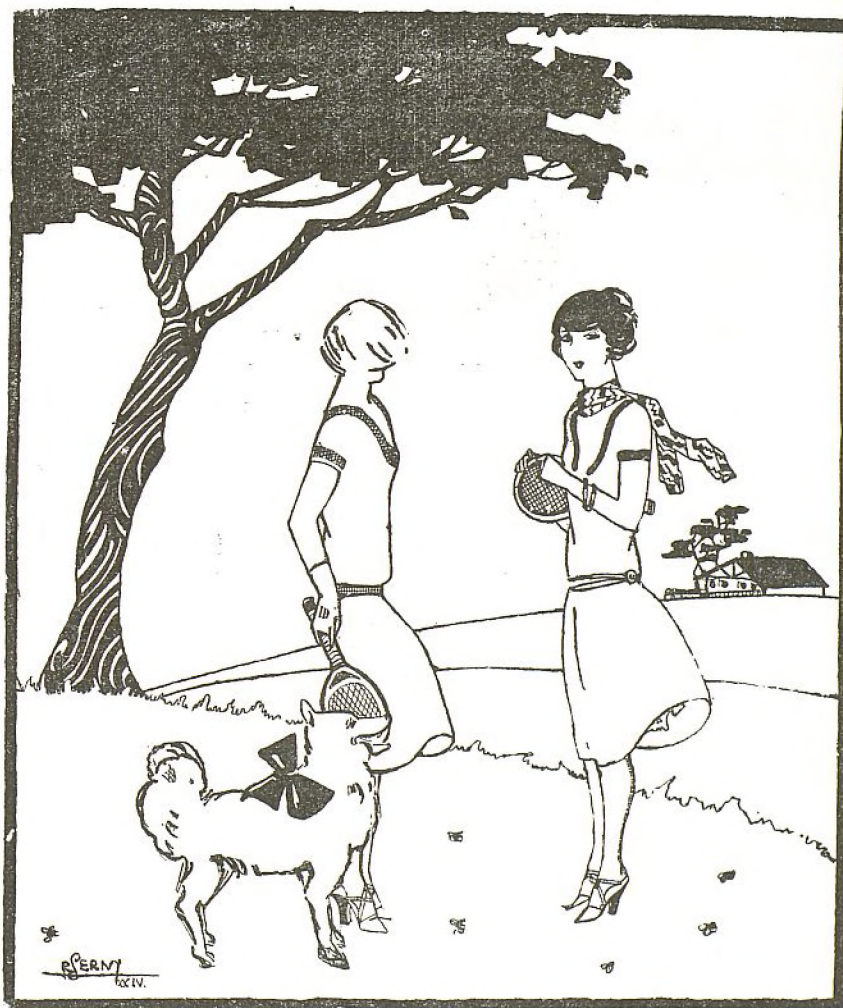
—Betanzos (Clodomiro) miró a todos lados y replicó:

—Es un asunto comestible, ¿verdad?, y está pintado con pintura al aceite, verdad? Pues bien, ese aceite estaba frito.

Y con un rápido movimiento se echaba atrás la melena, añadiendo luego:

—Así te explicarás porqué los que iban a merendar no sabían apartarse. ¡Es que mi cuadro alimenta!

A. R. BONNAT



Dib. SERNY.—Madrid.

—Chica, estoy fastidiadísima. ¡Mira que haberme enamorado de Eduardo con lo que me gusta Enrique!...



# LAS DESVENTURAS DE MARIA FERNANDEZ

Carísimos lectores y, más que carísimas, exorbitantes lectoras de mi más distinguido aprecio:

Ante todo, salud, democracia y un centenar de pesetas sobrantes por lo menos. ¿Lo tienen ustedes todo, incluso los veinte duros? ¡Pues no saben ustedes lo que lo celebro, y paso adelante!

El objeto de la presente es muy serio, tan serio que aquel de ustedes que espere hoy reírse con lo que voy a contar aquí, se ha divertido, ¡mejor dicho, no va a haber manera de que se divierta ni gota, y lealmente lo advierto!... ¡Pero, sí, señores, hora es ya de que yo les hable a ustedes con formalidad y algo de filosofía, y de que ustedes me escuchen con recogimiento y un poco de entrecejo reflexivo!... Yo, que habitualmente escribo para que se me lea en mangas de camisa, exijo hoy que mis lectores se atavien con la mejor ropa que posean para tragarse este artículo, pues en ropas menores no estoy dispuesto a admitir ni a *Chelito*, a pesar de que todavía se la puede ver así; y aun sabiendo, como sé, que es casi imposible poderla ver de otra manera.

Sepan, pues, los que me leyeren, oyeren y entendieren, que hoy he empezado a escribir estas cuartillas acongojado y suspirante, por la sencilla y fúnebre razón de que anoche a las ocho falleció María Fernández, una mujer a la que yo pude haber hecho feliz. A poco de empezar mi articulejo, las con-

gojas y los suspiros se han resuelto en un raudal de lágrimas que era un meteoro. Después, el raudal de lágrimas se ha transformado en una serie de amargos lamentos y furibundos sollozos. Y en este preciso momento tengo una perra, que no consigue hacerme callar ni la portera, que me quiere mucho, ni la hija de la ídem, que me quiere más, ni un vecino del piso que ha prometido convidarme a pasteles y llevarme al circo si dejo de llorar antes de que se haga de noche.

No sé si lo podré lograr, lectores de mi vida. ¡Es horrible, es cruento, es espantosamente incisopunzante lo que me pasa!... Sobre mi mesa tengo el periódico donde campea la esquela de defunción de María Fernández (del comercio que fué de esta Corte) y sobre mi corazón el remordimiento de que, pudiéndola haber hecho feliz, no la hice feliz, no quise hacerla feliz.

¡María Fernández ha muerto! ¡María Fernández ya no existe! ¡María Fernández es en este momento, y suponemos que lo seguirá siendo bastante tiempo, un cadáver frío, silencioso, mudo y analfabeto!... Esto, me estoy figurando, no sé porqué, que no les importará a ustedes un comino, pero yo no tengo más remedio que decirlo, que propalarlo, que hacerlo público, que contárselo a todo el mundo, empezando por ese humilde guardia a quien se nos manda que le contemos las cosas y acabando por el suntuoso Romano-

nes, al que, dicho sea de paso, le gusta mucho que le vayan con cuentos..., así como le chinch a que le vayan con cuentas...

La muerte de la desgraciada María Fernández (a quien insisto en que yo hubiera hecho feliz) ha sido para mí una especie de castigo de la Providencia. Yo he tomado a chacota las tristes vidas de algunos egregios sujetos, y en dos inmundos trabajos, aquí publicados con los títulos de *Las desdichas de Martínez* y *Los infortunios de Laruga*, me he permitido sonreírme de la mala pata de ciertos pobladores del Planeta. ¡El Cielo se ha vengado, y, al decretar el fin de María Fernández, me impele, me fuerza, me obliga, me arrastra, me constriñe en una palabra (mejor dicho, en cinco), a escribir su historia en medio de un acerbo llanto que ya he dicho antes que es un verdadero escándalo!

¡No importa; la escribiré! ¡Y sean mis palabres delicado homenaje a la elegante difunta, con la cual estubo a punto de unirme uno de los más desafortunados cariños que se hubieran visto en estos tiempos en que todo está tan malo! (Aunque debo advertir, que mi amor hubiese sido puro, a pesar de mis fogosos veinte años; o, lo que es lo mismo, que habría sido puro y de veinte, cosa imposible de encontrar hoy en ninguna parte, y ni que decir tiene que en los estancos menos que en ninguna.)

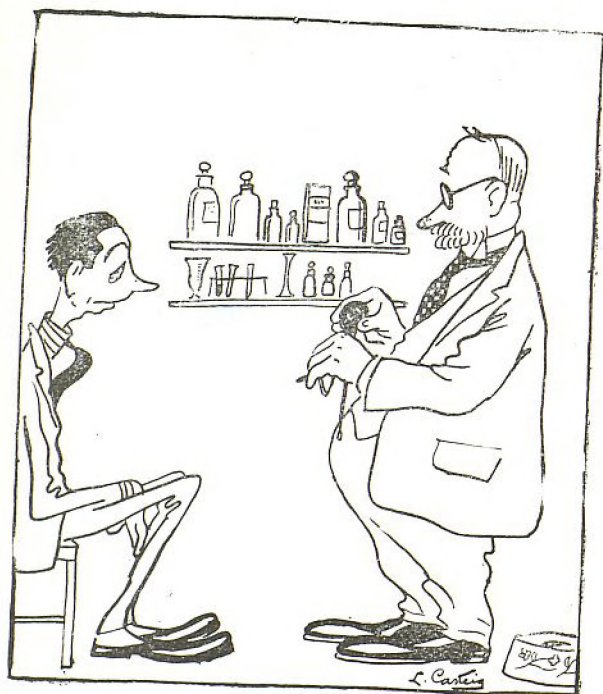
¡Y vamos con María Fernández, que me parece que ya es hora!...

Este nombre y este apellido de María Fernández, no crean ustedes que exagero, tiene una *jettatura* que mete miedo. Yo conocí a otra María Fernández, cuya vida fué un panorama de calamidades, tan estupendo, que se lo voy a contar a ustedes para que se queden fríos.

Esta nueva María Fernández había empezado por ser infortunada en su infancia hasta el extremo de ser huérfana de padre desde cinco años antes de nacer, y verse obligada en cuanto fué mocita (que lo fué muy poco tiempo), a formar con su mamá una pareja de bailes nacionales para ganarse la vida. Recorrieron innumerables escenarios de *varietés*, en algunos de los cuales la pareja fué objeto de éxitos tan paradójicos que solía hacerse necesaria la presencia en el proscenio y en la sala de varias parejas más, que hacían entrar al público en razón de un modo somero y algo contundente.

La madre enfermó del corazón a fuerza de triunfos tan laboriosos y discutidos, y resolvió morirse un día que dispuso de un rato libre para hacerlo.

Falleció en brazos de su hija, contrita y arrepentida de todos los bailes na-



Dib.  
CASTEIG  
Alicante.

—Pues nada, pollo, siga el tratamiento.  
—Está muy bien, excelentísimo señor...  
—¡No, apee el tratamiento!...



cionales que había ultrajado, y deplorando que le quedase por bailar todavía la danza macabra, aunque prometiendo ejecutarla mejor que las otras. Entre madre e hija tuvo efecto este póstumo diálogo:

—¡Qué sola me dejas, madre mía! ¡Verte morir y no poder enterrarte con palmas, porque ni la *claque* nos ha querido dar ni una en la vida!

—¡No llores, hija querida! ¡Ahora, con mi muerte, quizá encuentres otros horizontes para tu existencia! ¡Eres hermosa y estás acostumbrada a que te menea!

—¿Qué quieres decir, madre amada?

—¡Yo me entiendo y bailo sola!... Y perdona que no baile contigo en tan doloroso momento, pero Dios lo ha dispuesto así.

Y, no teniendo más asuntos de que tratar, la infeliz paciente entró en la agonía sin pedir permiso; y pocas horas después, ella y los espectadores habituales del teatro descansaban en paz.

A los seis meses la huérfana se dejó seducir por un mozo de cuerda en un raptó de extravío. Esta unión duró un disparate de tiempo, porque ríanse ustedes de eso que se dice por ahí de que lo que Dios ata... ¡Lo que ata un mozo de cuerda sí que no hay Dios que lo desate!...

Y la acibarada María Fernández tuvo cuerda para veinte años, como esos relojes misteriosos que se presentaron en la primera Exposición Universal de París, y todavía seguiría teniendo si el distinguido mozo no hubiese sido una de las víctimas de la gripe del año novecientos diez y siete, cuya atroz epidemia le llevó al otro mundo, al cual fué resignadamente el forzado sujeto, diciendo a su compañera a guisa de último adiós, que a un mozo de cuerda le era igual el otro mundo que éste, que el de más allá, pues su misión en la vida era conformarse con el mundo que le tocara en suerte.

Y lo raro de esta tragedia familiar fué que María Fernández quedó en cinta, cosa realmente sorprendentísima en una mujer que no había tenido nunca más que cuerda a su lado.

Y lo aún más raro, y, encima de raro, terrorífico, fué que el resultado de todo ello lo constituyó el nacimiento de una niña que antes de cumplir los quince años se volvió loca. ¿Qué les parece a ustedes? ¿Es o no es un horripilante infortunio el que no sea *cuerda* la hija de un mozo de ídem?

En fin, como las desgracias de esta María Fernández no son las que nos interesan, las dejaremos en la mitad del camino y volveremos al asunto de este artículo, aunque insistiendo en que mujeres infortunadas con este nombre ha habido muchísimas más que patatas a precio de tasa.

Ahora mismo me acabo de acordar de otra...

Esta nueva víctima de la Fatalidad tuvo la desgracia de enamorarse de un tenor de ópera que no daba más que gallos en escena, y ya saben ustedes que con esa clase de gallos se muere de hambre una familia por menos de nada. Luego se unió con un torero que no se arrimaba más que a ella, y eso porque era guapa y desvergonzadamente curvilínea. Después, cuando las curvas se convirtieron en rectas, tuvo amores con un aguador, de cuyos brazos pasó a los de un corista de Marín, o, lo que es lo mismo, que fué del caño al coro. Y al final se conformó con un ciego que había sido vista de Aduanas en su juventud, pero que ahora no era vista de nada, ¡ni de esto!; y que además tenía el defecto de beber, no como un fudesco, sino como toda la calle de Tudescos junta, hasta el extremo de que cuando caía en la casa una botella de Valdepeñas, no era el ciego el que no veía, sino ella la que no veía ni gota.

—¡Y, sin embargo, ¿querrán ustedes creer que esta pobre señora enfermó de la gota?

¡Pues enfermó de la gota!... Y sólo el desafortunado ciego supo explicar lo que pasaba, diciendo:

—¡Mi parienta se muere por la gota..., pero como yo me muero por la botella entera, yo soy antes que nadie!...

Y la dejó morir.

Pero, en resumidas cuentas, no es la muerte de esta María Fernández, la que motiva el presente artículo.

Es la muerte de la otra, de esa pobre y malograda ciudadana a la que yo pude haber hecho feliz, de la María Fernández cuya esquila he visto en el periódico que yace sobre mi mesa y cuyo prematuro fin ha preñado mis ojos de lágrimas.

¡Sí, señores; esa mujer ha podido ser feliz conmigo!

¿Que por qué no lo ha sido, dirán ustedes?

¡Ah, la respuesta es de una sencillez trágica y sangrienta!... No lo ha sido, porque yo no he tenido el gusto de conocerla hasta que he leído su esquila de defunción.

¡Pero era del comercio de esta Corte, tenía treinta años y la van a enterrar a la federica y en una Sacramental acreditada, lo que demuestra que tenía un poco de esa pasta mineral nacionalista, tan necesaria al progreso de los pueblos!

Comprenderán ustedes, lectores de mi alma, que, si yo la conozco a tiempo, no se me escapa.

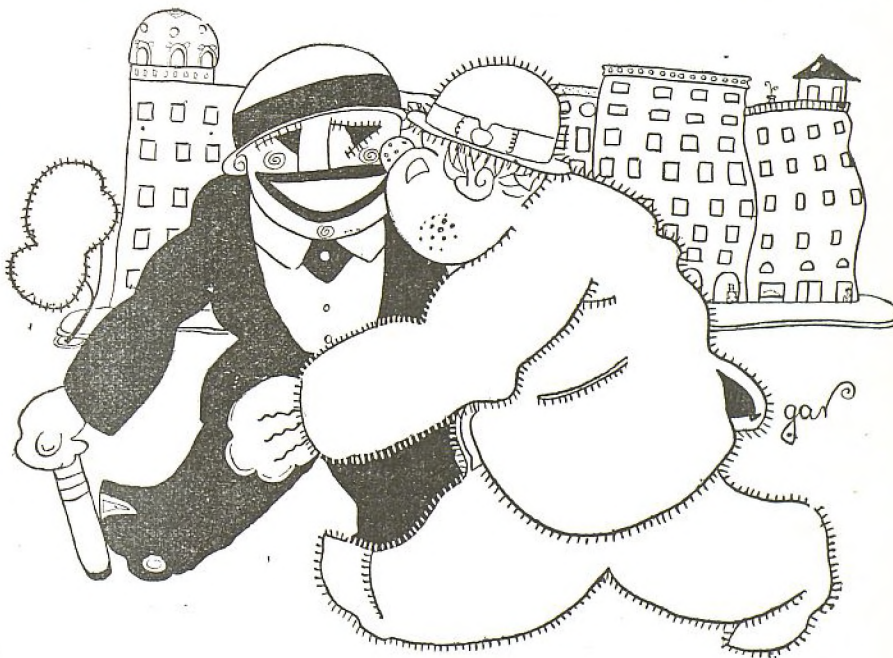
Y juro solemnemente que la hubiese hecho feliz.

Y ella a mí, no digamos.

Y en este momento estarían ustedes hablando con un rico heredero, en vez de hablar con un indecoroso paria que no tiene dos pesetas ni las tendrá ya nunca, porque ocasiones como ésta se presentan muy poquitas...

¡¡Qué lástima!...

ERNESTO POLO



Dib. GAR.—Madrid.

—Yo conocí a mi mujer tres meses antes de casarme.

—Pues yo, ocho días después de casado.



# —TRAGEDIAS HISTÓRICAS—LA HAZAÑA DE GUZMÁN "EL BUENO"—

Una amplia torre almenada—(cubierta de una alcatifa—que jamás se viera hollada—por planta que no esté honrada)—en la ciudad de Tarifa. En la izquierda tiene asiento—la ciudad, bella de traza—y en la diestra, el campamento—del sarraceno violento—que pone sitio a la plaza.

Tal es, lector, el teatro—en que esta hazaña gentil—aconteció el año mil—doscientos noventa y cuatro.

En la amplia torre sentados—se hallan dieciocho soldados—más pesados que un responso—rodeando a don Alfonso—Pérez de Guzmán. Los hados—quisieron que este guerrero,—que como fiero es más fiero—que los más fieros chacales,—fuera de los más cabales—que pueblan el mundo entero. A Héctor en valor recuerda;—tiene la opinión muy cuerda;—tiene el genio de querube—y tiene el pobre una nube—en la esclerótica izquierda.—Al lado de él hay tres nobles—don Fadrique, don Hernán—y Pero Núñez, que están—provistos de sus mandobles,—con los cuales parten pan.

DON ALFONSO (que empieza a molestarse—al verlos comer pan sin fatigarse:)

¡O dejáis de comer trozos de hogaza, u os pegaré un zurrido con la maza!...

DON FADRIQUE. Fuerza es obedecer

y obedecer, señor, en línea recta...

DON HERNÁN. En lo que a mí respecta

ya dejo de comer.

PERO NÚÑEZ. Pues yo igual he de hacer,

porque sé comprender una indirecta.

(Los tres dejan el pan—y contemplan la porra de Guzmán.)

DON ALFONSO (que adopta un grave gesto—va a decir algo, y lo que dice es esto:

Henos ya de Tarifa en el torreón al servicio del rey Don Sancho cuarto, y del cual, la verdad, voy estando harto, porque eso más que rey es un peón; y el hermano de Sancho, que es un vaina sitio ha puesto a la plaza, y la morisma que le sigue nos va a romper la crisma si no les sacudimos la polaina. ¡Por sabido se calla tal desmán!

PERO NÚÑEZ. Si el infante don Juan

DON FADRIQUE. puso el sitio tomándonos por memos nosotros lucharemos con afán y dejarle en el sitio lograremos.

DON HERNÁN. ¡Bien hablado!

PERO NÚÑEZ. ¡La fija!

DON ALFONSO. Ese es el truco, mas don Juan es un cuco...

DON FADRIQUE. ¡Poco a poco!

Conformes en que el socio sea un cuco, pero para él, Guzmán, vos sois el coco.

DON ALFONSO. Yo de mí sé deciros que no dudo

y si se pone chulo, le sacudo.

Porque en Toro he luchado contra el moro bajo el mando del rey

y el que ha luchado en Toro

cuando le da la gana lucha en buey.



DON FADRIQUE. ¡La espada, don Alfonso, es vuestra ley!

PERO NÚÑEZ. Y ya que hemos hablado con decoro, os invito a un partido de giley.

(De la acerada faja—se saca Pero Núñez la baraja—y todos sin tardar bajan las testas—y se cruzan apuestas.)

DON FADRIQUE. ¡Cartas!

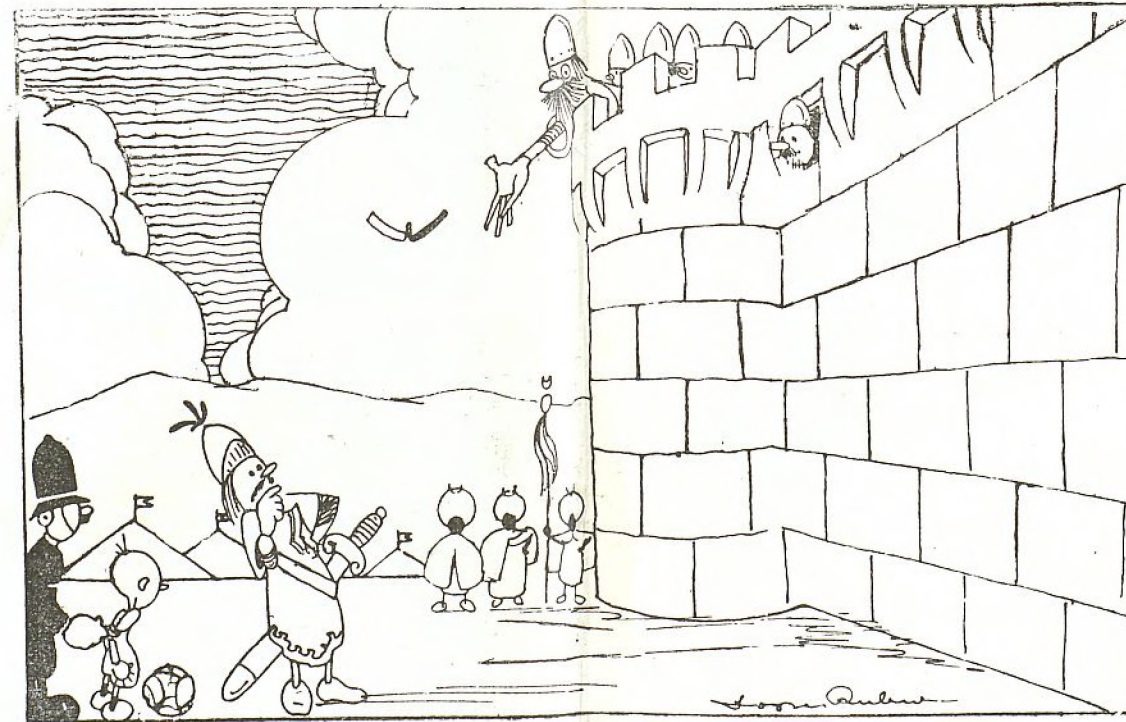
DON ALFONSO. Malas son... Cambiaré alguna.

PERO NÚÑEZ. ¡Descarte!

DON FADRIQUE. Treinta, Núñez.

DON ALFONSO. Treinta y una.

DON HERNÁN. Veintiocho tengo.



PERO NÚÑEZ. ¡Por la luz del sol!

Os gano...

DON ALFONSO. ¡Diez tenéis! ¡¡Vaya un farol!!

Mas, ¿qué rumor es ése?

DON HERNÁN. No lo sé.

PERO NÚÑEZ. De que entre el enemigo ocurre algo anormal, de eso doy fe.

DON ALFONSO. Para saberlo bien, venid conmigo de la muralla al pie.

(Se acercan a la muralla—y en el campo musulmán—una gritería estalla—como estalla el huracán. Se ve en el cen-

tro a don Juan—, el infante mamarracho—, que tiene al lado un muchacho—hijo de Alfonso Guzmán.)

DON FADRIQUE. ¡Ha robado a vuestro hijo! ¡Oh, infelice!

DON ALFONSO. ¡Dejad ya de graznar! A ver qué dice.

EL INF. D. JUAN. ¡Alfonso, aquí está tu hijo!

DON ALFONSO. Infante: ya le veo.

EL INF. D. JUAN. Se cría muy canijo

y el pobre es algo feo, mas no me importa mucho el que parezca un chuchó, porque tú, según creo, le amas con igual gozo que si fuera un real mozo digno de ir a un museo. Es tu hijo y eso basta, pero te he de observar que para conservar en este hijo tu casta me tienes que entregar Tarifa.

DON ALFONSO. ¡Antofagasta!

EL INF. D. JUAN. Estás de mal talante: no hago caso de insultos. Y te afirmo delante de estos moros adultos que, o me rindes Tarifa con sin igual presteza, o corto la cabeza y la adjudico en rifa a este cara de primo.

DON ALFONSO. ¡Don Juan! ¡Eso es un timo!!

EL INF. D. JUAN. Espero la respuesta.

DON ALONSO. Pues mi respuesta es ésta: Yo no me desanimo; ¡sacúdele en la cresta!

(Adopta un aire fatal—y con un gesto elegante—arroja un largo puñal—a las plantas del Infante.

DON FADRIQUE. ¡Qué hombre!

DON HERNÁN. ¡Qué valor!

PERO NÚÑEZ. Al hijo entrega por no entregar la plaza de su mando.

DON FADRIQUE. Vuestro heroísmo bélico nos ciega.

DON HERNÁN. ¡¡Don Juan está al pequeño asesinando!! ¿No lloráis, don Alfonso?

DON ALFONSO. ¿Quién lo dijo?

Que soy un bravo pensaréis ahora... Señores, ese nene no es mi hijo, porque es hijo del conde de Clavijo que tuvo un resbalón con mi señora!...

TELÓN

ENRIQUE JARDIEL PONCELA

Dibujos de López Rubio.



# ¡¡PEPE!!

Ni hay, ni pudo haber, ni habrá en este mundo maravilla como las procesiones de la Semana Santa sevillana. Lo decimos los sevillanos y nos hacen coro todos los que han tenido la suerte de verlas.

¡Aquellos nazarenos!... ¡Aquellos «pasos»!...

Sobre todo, aquellos pasos, llevados a morrillo, porque debajo de las cubiertas andas van en algunos hasta treinta «costaleros», treinta forzudos hombres con unos costales sobre el cuello, que, a la voz del capataz: «¡A esta est!», levantan solemne y a una la pesada mole que al ponerla en marcha parece que va sola, con la severa majestad, con el aire sereno, con el gracioso vaivén de un andar lento y raspeante y acompasado...

Y es de notar que bajo aquellas andas cubiertas con terciopelo, en aquel horno donde la respiración es casi imposible, en aquel horror de infierno, si van los que por ganarse unos duros arrostran el peligro de una conges-

tión, van también, y en número no muy escaso, los que les importa poco las pesetas que han de cobrar, porque por encima de ellas está el amor propio de «sacar el paso» por tradición de familia, por fe, por idolatría, por majestad anónima y voluntariosa muchas veces... Creedme: no hay nada tan inverosímil como la misma realidad.

Pero a esto no se llama «salir en la procesión».

Salir en la procesión es ir de nazareno. Y esto, ¡ah!, esto, ¡qué contados son los sevillanos que no lo han hecho alguna vez!

El largo capuchón, la dorada insignia, la aplanchada túnica, los zapatos de hebilla, las medias, los guantes y el escudo, cosas son, a veces, que tiene el sevillano en más estima que a la más preciada joya.

Y hay una época del año, la Cuaresma, que en Sevilla empieza a oler el aire a Semana Santa; despierta con los primeros rosales la *afición* dormida, saben ya a cosa muy en su punto las saetas y no se habla de otra cosa en cafés y en casinos, y en teatros y en tertulias.

Y si hay sevillanito «mal age» (lo

hay) que se cree que diciendo esta verdad se desprestigia a Sevilla, se equivoca. Sevilla marcha a la cabeza de las ciudades modernas, e invierte su tiempo en trabajar, pero como lo hace más de prisa que todas, le sobra siempre un rato para dormir una siestecita evocando su tradición. Y si hay todavía quien, cerrando los oídos y los ojos, y los sentidos todos a la realidad, se atreve a decirme que miento, miente con toda el alma o es tonto.

Y vamos a nuestro cuento, que ya es mucho preámbulo éste.

Pues, señor: que pasó el Carnaval, que la Cuaresma finaba, y que una noche volvió Lola de su taller loca de alegría:

—¡Ay, madre, qué contentísima estoy!

—¿T'han subido er jorná, niña?

—¡Qué me van a subí, ni me van a subí ni na!... Pepillo, mi novio, qué sale.

—¿Qué?

—Que sale, que m'ha dicho que sale.

—¿Pero de dónde sale?

—Que sale esta Semana Santa en la Macarena. ¡El alegrón que m'ha dao! Ya lo estoy viendo con su capirote verde y su capa blanca que va a llamar la atención, porque con el tipo que tiene que se quiten los nazarenos bien plantados de donde se ponga mi Pepillo vestido de nazareno.

—Pero... ¿de ónde ha sacao er dinero pa la túnica? Porque a mí se me figura que eso es caro.

—Eso deben darlo, madre. Totá: creo que un duro por apuntarse de hermano, y ya está to.

—Pero... ¿y er duro, de ónde lo ha sacao? Porque tu novio, hija mía, ve una peseta y se la cuerga al cuello creyendo que es una medalla de San Antonio.

—En eso no hay que meterse. Argún amigo... ¡Sabe Dió! El caso es que yo la otra noche, ¿sab'usté?, ar ve pasá ar capitán de los senturiones con los romanos hasiendo la instrusión, voy y pego un suspiro y Pepillo va y me dise:

—¿Qué te pasa?

—Na—le dije yo—; que como soy tan devota de la virgen de la Esperanza, pues no puedo ve estas cosas sin emocionarme. ¡Lo que a mí me gustaría que tú quisieras a la Macarena como yo!

—¿Y por qué no voy a quererla?

—Figurasiones mías... ¿A que no eres capá de darme un gusto?

—Tú dirás.

—¿A que no eres capá de salí este año en el paso de la Virgen?

—Mujé; eso hay que pensarlo.

Y así queó la cosa. Pero esta tarde, al salí der tallé, él, que venía de ve trabaja a unos amigos, y va y se acerca, y me dise:

—¡Sargol



Dib.  
H. PORTELL VILÁ.  
Habana.

—Yo, cuando voy al teatro, voy donde cuesta más...

—¿A butaca?

—No; al paraíso, donde cuesta más... subir.



—¿Qué?

—Que sargo con la Virgen; que lo he pensao, y basta que tú lo quieras.

Y aquí estoy, madre, más contenta que la má, porque a mi Pepillo l'ha tocao la Macarena en el corasón, y va a salir en su Cofradía. ¡Deseandito estoy que llegue la madrugá del Viernes Santo.

Y como todo llega, llegó. Y en una esquina de la Campana estaban madre e hija viendo las procesiones, cuando empezaron a pasar los nazarenos de la Virgen de la Esperanza.

Iban todos con el antifaz echado y en ordenada y silenciosa fila. No era cosa fácil reconocer entre tanto encapuchado al novio de Lolita, pero. ¿cómo se le iba a despintar a ella?

—Madre, aquél debe ser... ¡Ay, no, que no es, que tiene las patas torsías!... Calle usted, que es éste que viene p'acá.

Y al pasar el nazareno «reconocido», Lolita susurró:

—¡Pepe!... ¡Pepe!...

Pero aquel nazareno no era Pepe, porque siguió con su lento paso y sereno continente, sin dignarse contestar.

—No era, madre. ¿Y cómo había de sé, si es aquél que va por allí enfrente? ¡Pepe! ¡Pepe!

Tampoco aquél era Pepe. Tampoco aquél se dió por aludido.

—¿Habrás pasao ya y no le he conocido? ¡Eso sí que no tendría gracia, madre!

Lo mejor sería decirle ¡Pepe!, a todo nazareno que por su vera pasara, y así, cuando llegara su novio, contestaría.

Dicho y hecho. Muy gordo era el penitente que venía ahora, pero no importaba; había hecho su plan. Le llamaría Pepe.

—¡Pepe! ¡Pepillo!...

Pasó. No era Pepe. ¡Claro!

—Otro. Hola, Pepe, ¿eres tú?

Tampoco. También pasó.

—A ver éste. ¡Pepillo!... Saluda hombre.

Ni saludarla, ni na, ni na.

—Aquí viene otro. Mu largo me paresce. ¿Eres Pepe?

El nazareno negó con todo su capirote.

—Usted perdone. Es éste que viene detrás. ¡Pepe! ¡No me lo niegues: tú cres Pepe! ¿Vas muy cansao, Pepe?

¡Tampoco era Pepe!

Y pasaron todos, absolutamente todos.

—Hija, tu novio no ha salío.

—Que sí ha salío.

—Que no ha salío.

—No sea usted así, madre; mi novio ha salío, y era aquel que dijo que él no era Pepe, moviendo el capirucho. ¡Si tenía su mismo tipo! ¡Si era él! Lo mejó que podíamos hasé, era irnos despasifto pa la Encarnación, que cuando pasan por allí van todos con el antifaz levantao, y verá usted como era Pepe.

—¡Lo que tú quieras, corazón!

Pero llegaba el paso de la Virgen. Llegaba con todo su esplendor de luces y flores, con toda su corte macarena, entre incienso, músicas, lágrimas, rumores de ovaciones, el amor de su pueblo y la majestad de su gloria.

Madre e hija se arrodillaron.

—¡Pararse ahí! —gritó el capataz, batiendo un aldabón en las andas.

Y el paso paró; temblaron los varales del palio; sonrió la Virgen al oír una saeta.. Se hizo el silencio...

Levantaron las faldas de las andas para dar un respiro a los «costaleros». Veinte rostros enrojecidos se asomaron para respirar. Uno de ellos era el de Pepe.

—¡¡Pepe!!!...

—¡Chiquilla!

—¿Pero has salío debajo der paso? —¿Pos dónde querías tú que saliera, encima?

PEDRO PÉREZ FERNÁNDEZ



Dib. PACHÍN.—Gijón.

—¡Huy! Cómo nos mira el lector.

—¡Sí, hace rato que me hago la distraída y espero que pase la hoja para mirarle!...



# EL CASO DE LACASA

Es Lacasa un muchacho serio y correcto, pero creo que un poco chillado está, pues hasta a las más nimias frases corrientes un valor suele darles excepcional.

Si su novia le anuncia que a tal paseo va con su «carabina», llegará allí siempre después que ellas, para que nadie sospeche que *le gusta verlas venir*.

Por supuesto, cuando hubo de «hacerle el oso», Lacasa a la chiquilla jamás siguió, temiendo fuese cierto que *el que la sigue la mata*, ¡y esa idea le daba horror!

Cuando en el tren viajando pasa la noche, le gusta que su coche completo esté, y aunque ninguno duerme cómodamente «el sueño de *los justos*» dice que es.

De un diccionario al margen las longitudes de las diversas voces pensó anotar, porque como él a nadie molestar quiere, *midiendo las palabras* lo logrará.

Es, en fin, tan mirado, que cuantas veces de jugar carambolas tuvo ocasión, juzgando de mal tono *soltar el taco*, a su casa muy serio se lo llevó.

Pues bien; leyendo ha poco cierto pasaje de la Historia de España con interés, pretendió tomar notas, y en una página una gota de tinta vino a caer...

Ver manchado su libro causó espanto; no puede desde entonces en paz vivir, y, lleno de vergüenza, piensa que *tiene una mancha en su historia* ya el infeliz.

No come ni reposa; y esta mañana al campo a suicidarse resuelto fué, tras de escribir las cartas de reglamento a su madre, a su novia y al «señor Juez».

«Esa mancha—declara—me hace la vida más pesada y molesta que un autobús; diréis que soy quijote, mas no importa: *Quijote de la mancha* llamadme. ¡Abur!»

Angustiado sentóse junto a un abeto; invadióle muy pronto dulce sopor, y Morfeo, al hacerle dar cabezadas, ¡la cabeza *del tronco* le separó!

Cayó así en la negrura del sueño eterno... (que *éter-no* necesita quise indicar, porque hace varias noches que no ha dormido); en tierra yace el pobre: *¡descanse en paz!*

MIGUEL-A. CALVO ROSELLÓ



Dib. de ARTETA.—Bilbao.

—Muy bonita la casa, pero me gusta más el jardín.

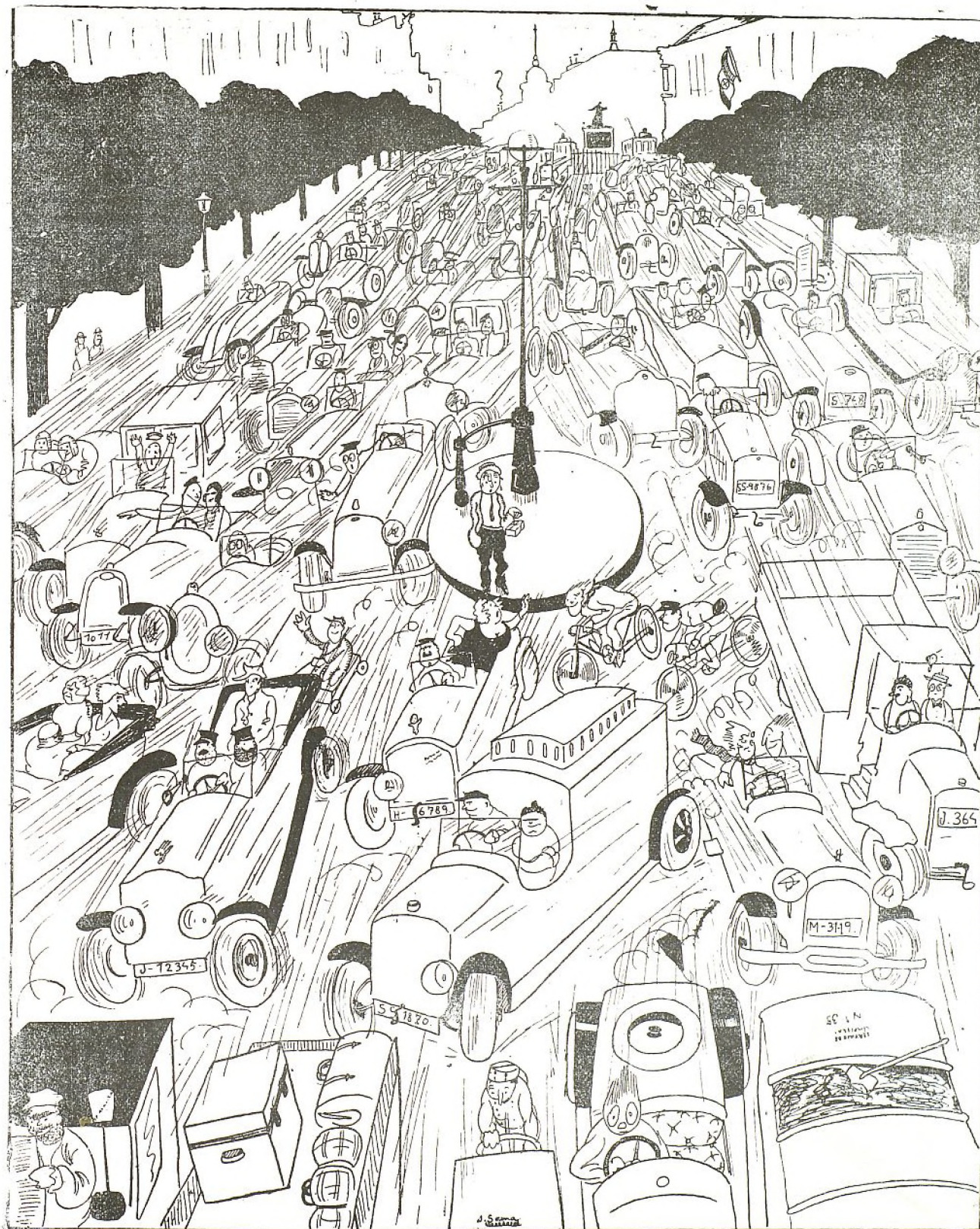
—¡Oh!... Es que tengo un gran jardinero. Ayer mismo plantó varios árboles centenarios...



Dib. BLUFF.—Madrid.

—Estoy muy resentido con mi patrono. Figúrate que le dije que con ese tiro de mulas no podía llevar la carga, y me contestó que si no tenía bastante con uno que me dieran dos tiros...





ROBINSÓN EN SU ISLA

Dib. SAMÁ.—Madrid.



## DIVAGACIONES SIN TRANSCENDENCIA

## LOS VELADORES

Los veladores son la generación espontánea del verano. Surgen con los calores primeros y el número de sus familias y clases es incontable.

Hay quien niega que los veladores sean generación espontánea y aventuran la hipótesis de que sean los dueños de los cafés los que durante el invierno echen en las aceras semilla de veladores, semilla que luego germine con las lluvias. De este modo pretende explicarse cómo el velador se produce únicamente delante de los cafés o a poca distancia de ellos.

De todos modos, su florecimiento es inesperado y sorprendente. Así como un día entre los días primaverales nos apercibimos de que abren los capullos

de rosa sus párpados, otro nos damos cuenta de que ya hay veladores y este descubrimiento nos adentra ya en el verano y nos acucia a que nos quitemos el chaleco.

Hay veladores prematuros, veladores que salen antes de su tiempo, pero no debemos dejarnos engañar por este apresuramiento. Muchos de los que se han sentado junto a veladores adelantados, pagaron cara su imprudencia. Sobre ellos han caído abundantes lluvias y junto a ellos ha soplado el último airecillo serrano, que lleva debajo del brazo las últimas pulmonías, que ya va saldando a bajo precio, por cambio de estación.

Como buena especie botánica, el ve-

lador realiza todas las funciones que se tienen asignadas a las plantas. De estas funciones, la más fácilmente comprobable en su desenvolvimiento anual es la de la absorción. Se traga, poco a poco, todos los líquidos que derramemos sobre su inflorescencia de cabezuela, que es el mármol redondo que tan aprovechable resulta para los establecimientos de consumo.

Nace el velador y, entonces, el dueño del café lo rodea de butacas de mimbre, como obra de jardinería.

Después, sólo queda que el público se acerque y de palmadas. Sobre la sufrida flor del velador se calmará toda la sed que da el verano.

Luego viene el otoño, y el otoño los mata. Es forzosa la recolección que hace el dueño del café un día en que se convence que ya no dejará de llover por algún tiempo.

De todos modos, la vida de un buen velador se cuenta por meses y en estos meses la planta reproduce por todas las aceras y plazas. Este es el peligro.

Puede verse como cada año la producción de veladores es mayor y cada año se propaga por lugares antes de secano. Pronto no quedará acera por donde transitar ni plaza que cruzar y, entonces, tendremos que caminar por los veladores de todas las terrazas, cuidando de no pisar las copas. Habrá que saltar de unos en otros por encima de los consumidores. Los ciclistas tendrán entonces ocasión de lucirse.

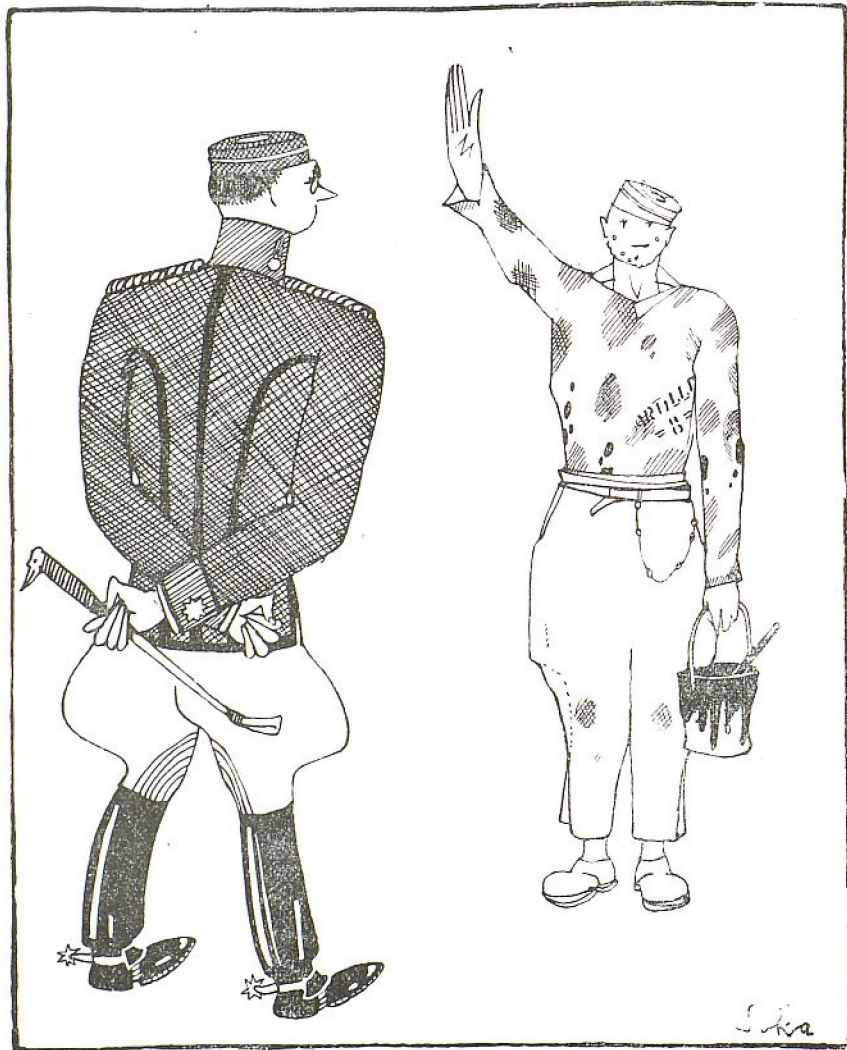
Lo malo es que no hay ningún exterminador de veladores, algo que los mate rápidamente.

Hoy que, tan justamente, se aboga por los parques donde puedan jugar los niños, hay que evitar de algún modo que veladores ocupen nuevos parques. Ya ocupan los antiguos, se meten en los jardinillos y en los macizos. Menos mal que no son planta trepadora, aunque sí enredadera.

Si, como hasta ahora, en las plazas públicas surgen veladores en tan gran número, resultará que hemos hecho parques para que los niños jueguen por entre los veladores, gritando: «¡Orí!» desde detrás de los sillones de mimbres.

Contengamos la exuberancia de los veladores. Ellos traen el verano y ellos traen, también, la plaga de ciegos cantores, violinistas y acordeonistas, de vendedores de lotería, de flores, de almendras, de pieles, de tapices, de cacharros, de Biblias, de bastones, de calcetines... etc., todo ese comercio a la inversa al que es necesario acudir cuando los compradores se sientan a tomar el fresco en vez de ir de tiendas. «Ya que el comprador no viene a nosotros, vayamos nosotros al comprador», fórmula necesaria para cuando los veladores hayan apoltronado a la Humanidad durante el verano...

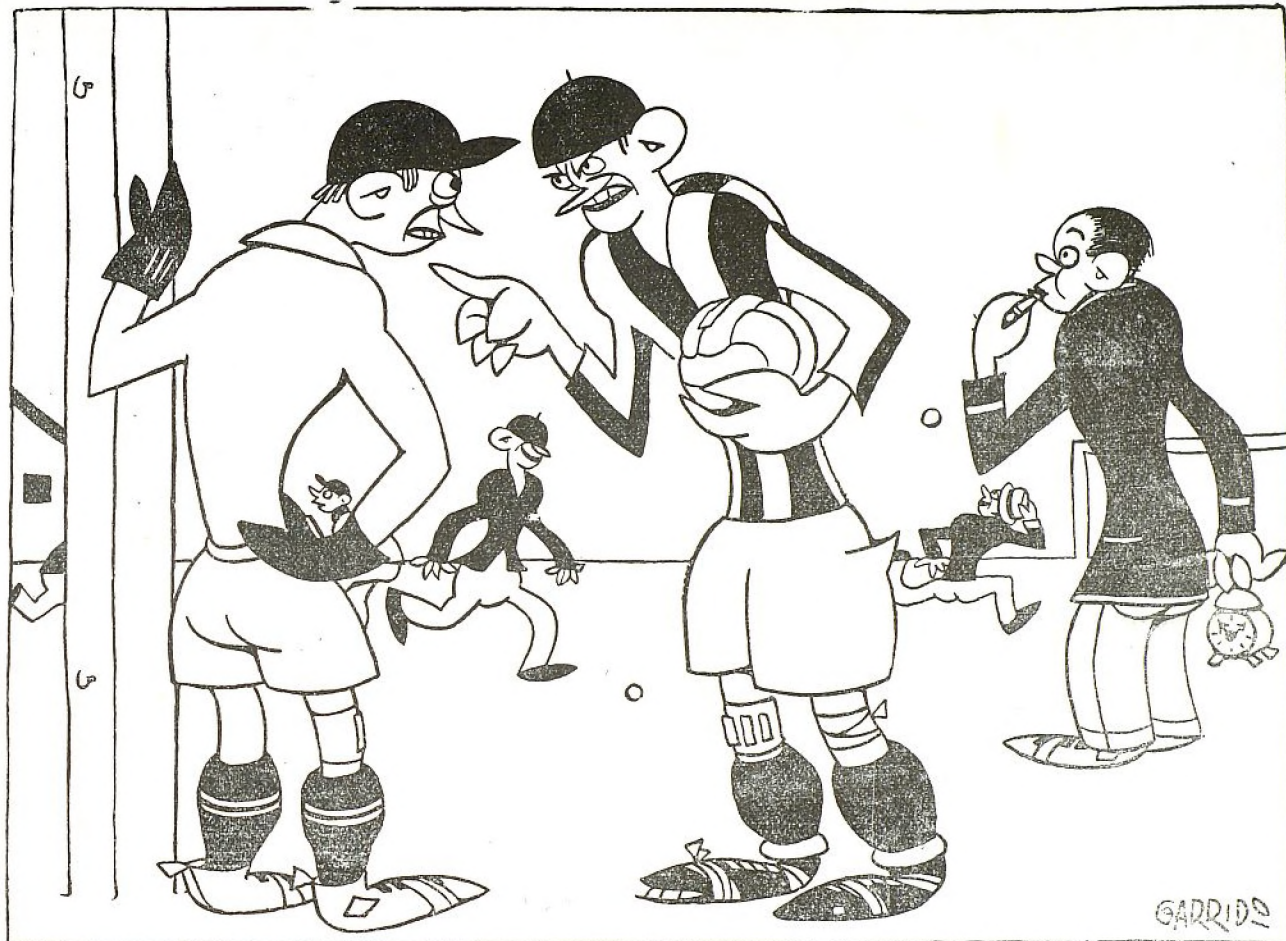
José LÓPEZ RUBIO



Dib. SOKA.—Barcelona.

—¿Cómo te atreves a saludarme a lo fascista?  
—¡Porque llevo la camisa... negra!





Dib. GARRIDO.—Madrid.

—Pero, ¿por qué voy yo a saber dónde está Pérez?  
—Hombre, porque siendo Pérez interior derecha, lo más natural es que lo sepa el portero...

## LOA BOTIJIL

Por probar que en mis versos soy prolijo,  
muerto de sed, le cantaré al botijo.

Botijo pitorrudo,  
veraniego y panzudo;  
perdona si te aludo,  
mas no dudo  
que eres, de los objetos de verano,  
sin disputa ninguna, el soberano.

\*\*\*

¿De quién, diablo, eres hijo,  
simpático botijo?  
Tu rechoncha figura,  
¿en qué estilo nació de arquitectura?  
Lo adivino, aunque de esto entiendo  
[poco:  
Siendo de barro, debes ser barroco.

Botijo resignado:  
tu destino es grotesco.  
Nunca hay en ti una queja ni un re-  
[proche.  
Y aun cuando, ¡desdichado!,  
en el balcón te tengan una noche,  
llega el día siguiente, y tú... ¡tan fresco!

\*\*\*

Tan pronto en la cocina...  
Tan pronto en la bodega...  
Dispuesto a dar tu esencia cristalina  
al primero que llega.  
Y el hombre, que en ti aplaca sus ar-  
a veces, inconsciente, [dore  
no aprecia tus favores  
y mete en tus entrañas aguardiente,  
que luego bebe a morro,  
manchando de esta suerte tu pitorro.  
¡Habrás visto guarro!

Pensar debe, con calma,  
que igual que tú fué el padre Adán, de  
[barro,  
y que entrambos existe semejanza  
(por ejemplo: la panza)  
y si a él le dieron alma,  
a ti, en cambio, te dieron un pitorro  
y no puesto, de fijo,  
para que ningún cerdo beba a morro.

\*\*\*

Tengo razón a chorros. ¿No, botijo?

J. HUECAS PINTADO.

BUEN HUMOR se vende en Lon-  
dres en Coin de France, Limited.  
17, Green Street, Leicester Sq.



# LA HORA DE LAS RECTIFICACIONES

La noble actitud del noble Ayuntamiento del mucho más noble pueblo de Calatayud, vindicando la memoria de nuestra eximia conocida (y conste que no decimos amiga) la Dolores, y ofreciendo quinientas pesetas al vate que demuestre en una copla que la referida

Lolita no le ha hecho en su vida un favor ni a su distinguido padre, ha puesto sobre el tapete la cuestión de las rectificaciones.

¡Sí, amados lectores míos y hermosas lectoras de mi alma! ¡Sí, queridísimos conciudadanos, correligionarios

y concomitantes ibéricos de mis entrañas! ¡Sí, mil veces!... ¡No es sólo la Dolores la persona que en la Península ha gemido y gime bajo el peso de una afirmación tendenciosa e injusta, de una calumnia vil, de un sambenito brutal e innecesario! ¡Hay muchas más eminentes figuras que necesitan, que piden, que anhelan, que exigen la copla rectificadora, los cuatro versos que les hagan justicia completamente seca y que destruyan de una vez la nefanda leyenda forjada sobre sus purísimas reputaciones!

Nosotros, siempre rectos y sinceros, hemos echado sobre nuestros angulosos omoplatos la ardua tarea de elaborar esas coplas, que han de devolver su limpia fama a las infelices personas agraviadas por la injusticia de las masas. Nosotros vamos, sin cobrar por ello ni quinientas pesetas ni siquiera seis reales de inmundo vellón, a destruir con unos cuantos modestos cantarillos, todas las miserables calumnias que se habían cebado en los más honorables sujetos con que cuenta España para su brillo, esplendor, gloria y entretenimiento.

Y como nos hemos decidido a llevar a cabo sin vacilaciones, y a escape, tan honroso empeño, allá van las coplas prometidas, en las cuales resplandece la más absoluta verdad y en las que quedan sentadas las cosas tal y como ellas son y no como el mundo se había empeñado en que fueran.

Véase la clase:

I

La Virgen de los Peligros  
que está encimada del puente,  
me ha dicho que la *Chelito*  
se acuesta en cuanto anochece.

II

¡Adiós, morena garbosa!  
¡Carita de querubín!  
¡No vi cosa tan hermosa,  
exceptuando a Bergamín!

III

¡Hay que decirlo muy fuerte!  
¡Que lo oigan propios y extraños!  
¡Loreto Prado no tiene  
más que diez y nueve años!!



Dib. MEL.—Cuatro-Vientos.

—Tengo el gusto de presentarte a mi amigo Ramírez: es un as...  
¡Acaba de batir el record de altura!



IV

¡Es tonto que tú en tu casa  
te encuentres pasando apuros!  
¡Vete a ver a Romanones,  
que a nadie niega diez duros!

V

La calle de los Estudios  
no tiene ya sastrerías,  
porque Weyler ha comprado  
veinte trajes en tres días.

VI

Ni comprando un microscopio  
del mejor cristal de roca  
he conseguido encontrar  
la nariz de Sánchez Toca.

VII

Tengo que subir, subir  
al puerto de Guadarrama  
para recoger la sal  
que Muñoz Seca derrama.

VIII

Las mujeres en Madrid  
no pueden salir de casa,  
pues hay un Edmond de Bries  
que con todas se propasa.

IX

En la corrida benéfica  
celebrada el día ocho  
vi yo a *Chicuelo* matar  
de una estocada seis toros.

X

Desde que murió *Espartero*  
y se estrenó *La gran vía*,  
don José Francos Rodríguez  
no ha dicho: esta boca es mía.

XI

No es cierto que Maura sea  
oscuro cuando perora.  
¡Le entienden hasta los niños!  
¡¡Cuando alguno le oye, llora!!...

XII

¿Que no es un genio Cambó?  
¡Qué afirmación tan injusta!  
¡Cambó tiene un gran talento!  
¡¡Lo que es que lo disimula!!...

XIII

¿Que Cierva es un ogro? ¡Falso!  
¿Que es una furia? ¡Bobada!  
De bueno que es, es capaz  
de besar a una criada.

XIV

¡Tú, malicioso, que hojeas  
diccionarios de hombres célebres,  
no apuntes la coincidencia  
de estar Melquiades en la M!...

RESUMEN

Con los precedentes, y un tanto líricos desahogos, creemos que quedarán desvanecidas, de una vez para siempre, todas las sombras proyectadas en mala hora sobre las purísimas eminencias, objeto de nuestra rectificación. Y para coloforar dignamente nuestro trabajo, séanos permitido estampar aquí una copla enderezada a la tragedia de Calatayud, para que no digan los hijos de Bílbilis que, bóbilis, bóbilis, evitamos aportar nuestro grano de arena a la común obra de reparación. La copla que nosotros hemos discurrido, fuera de concurso y sin aspirar ni de cerca ni de un poco más cerca a las quinientas moscas del ala, es la que subsigue:

Si vas a Calatayud  
y no quieres quedar mal,  
en vez de por la Dolores  
pregunta por *Nacional*.

Suponemos que ustedes sabrán que *Nacional II* es bilbilitano, y además advertimos que nos consta que no se ofenderá si preguntan por él. No obstante, pueden ustedes preguntar por otra persona, por ejemplo: el alcalde, el farmacéutico o el maestro de escuela, en la absoluta seguridad de que a nosotros nos da lo mismo.

El caso es preguntar por alguien, a quien se sepa que no le molestan las alusiones. ¡Todo, menos que haya disgustos!

NÉSTOR O. LOPE



Raganto

Dib. RAGANTO.—Madrid.

—No sabéis hablar más que de zapatos y vestidos... Bien podíais ocuparos de cosas más elevadas...

—¡Ahora hablaremos de sombreros!



# DEL BUEN HUMOR AJENO

TREINTA Y SEIS PERSONAJES PARA  
UNA GORRA, por Eugenio Chavette

Mi sastre se llama sencillamente Heberhardtseinhut. Para mayor comodidad de pronunciación yo le llamo de ordinario Mulhouse (su ciudad natal).

Heberhardtseinhut no es uno de esos grandes artistas cuyos escaparates anuncian, en tamaños letreros dorados, el título de proveedor de reyes y príncipes; mas sus confecciones son seriamente concebidas, escrupulosamente cosidas y garantizadas en el tinte y la superior calidad del tejido.

Cuando necesito sus servicios, él, él mismo, me exhibe las muestras, me toma medidas, escribe sus anotaciones en un cuaderno sin importancia... y diez días más tarde él, él mismo, me entrega en mi propio domicilio el traje hecho, sin una arruga, sin un pliegue, sin un hilván...

Mas el hombre es naturalmente descontentadizo de su propia suerte, y un día me entró la comezón, el deseo irrefrenable de hacer traición al bueno de Heberhardtseinhut. Y me decidí a llamar a la puerta del célebre sastre, del árbitro de la tijera, del tirano de los grandes elegantes de París.

Un botones (uno) me abrió la puerta y me condujo ante un señor muy grave (dos) que tomó mis órdenes; este señor tocó un timbre; otro caballero (tres), correctamente vestido, hace su presentación ante mí y recibe el mandato de presentarme al señor M. X. (cuatro), que ha de tomar mis medidas. Otro caballero (cinco), de pie junto a nosotros, toma nota del largo de mi pantalón, del ancho de mis caderas... Se retira y un nuevo señor (seis) hace lo propio con el corte de mi chaleco. El séptimo caballero que aparece, hombre afable y discreto, anota la altura del talle, la disposición de los bolsillos, el lugar exacto de los botones de mi americana.

Todos estos señores, graves, serios, imperturbables, se diría que ejercen un alto sacerdocio.

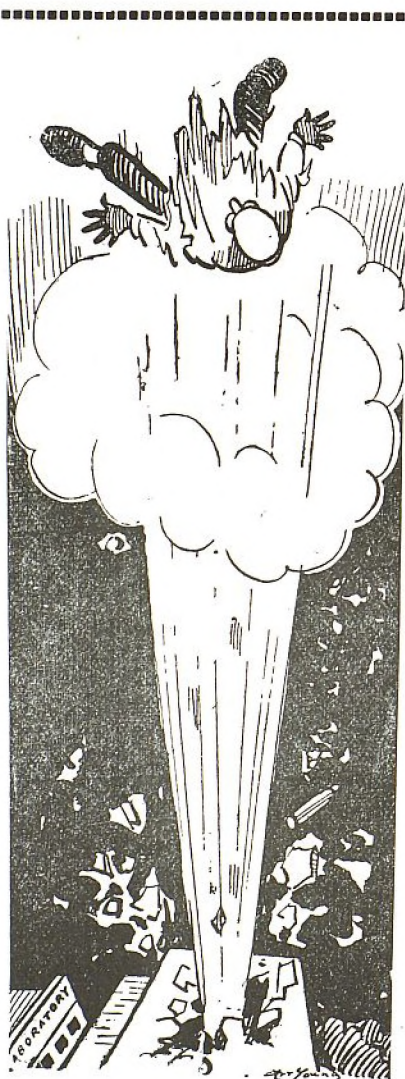
Yo, por mi parte, avergonzado, temeroso de alternar con tan altos personajes, severos, hieráticos, un poco protectores, me hago a la idea de estar en la antecámara del palacio de un rey donde los altos dignatarios de la Corte dispensan favorable acogida a un pobre diablo.

Para no perdonar detalle de la *mise en scène*, diré que durante todo este desfile de personas me había hecho pasar sucesivamente: primero, para el pantalón, por un gabinete Luis XV; para el chaleco, por un saloncillo Luis XVI, para la cazadora, por un gran salón Imperio.

Un nuevo servidor de la casa (ocho)

me condujo al cajero (nueve) que escribió claramente en un gran libro mi nombre, mis señas y me señaló a otro sujeto (diez) que, a su vez, me indicó podía confiarme a un criado (once), galoneado, que me abrió la puerta de salida.

He olvidado mencionar, tal vez, que antes de abandonar el taller del gran sastre, tres jóvenes pulcros, perfumados, tres dependientes (catorce) de poca categoría, habían desplegado ante



EL QUÍMICO.—¡Gracias a Dios! Al fin he logrado descubrir un nuevo y poderoso explosivo.

(De Life, de Nueva-York.)

mis ojos los géneros para escoger mi traje.

Algunos días después, recibí en mi domicilio tres veces al *probador* de chalecos (diez y siete), a dos *probadores* de pantalones, (diez y nueve), seis veces al maestro *ensayador* de americanas (veinticinco), un virtuoso de la *prueba*, quien se hacía seguir constantemente de un mozo (treinta y uno), que conducía la prenda con el exquisito cuidado que podría poner en cargar con una porcelana de Sajonia.

Mi terno llegó por fin.

Parece ser que para vestir bien a la última, es necesario no poderse mover dentro de las prendas; las mías estaban, por lo visto, tan ajustadas al imperativo categórico de la moda, que apenas si tenía con ellas puestas más movimiento que el de rotación sobre mi eje. Pasados dos días recibí la visita del cajero (treinta y dos), que me presentó al cobro una cuenta fabulosa, tan fabulosa, que, pese a mis temores y prevenções, devolví por considerarla producto de un error. Supuse fuera la cuenta de la compra de una casa de campo en Costa Azul. Yo ofrecí, deshecho el equívoco, pagar a la vista los dos tercios de la suma, prometiendo que abonaría, como propina, una renta vitalicia al Sindicato de sastres.

Esta decisión mía me ocasionó nuevos contratiempos: al día siguiente recibí la visita de un ujier (treinta y tres) que me citó ante el juez municipal del distrito (treinta y cuatro), el cual me hizo explicar el asunto al secretario adjunto (treinta y cinco).

La factura, el juez fué un buen juez, quedó reducida a la mitad.

Era una compra excelente; una verdadera ganga, una adquisición excepcional, si tenía en cuenta los salones, los caballeros que me habían servido, la fama del sastre, la etiqueta de la casa..., pero terriblemente cara, si me hacía cargo de la estrechez, de la insuficiencia, de la trágica angostura de aquellas prendas ridículas que contemplaba con la misma angustia que Moisés debió contemplar las tierras de promisión... sin serle permitido entrar en ellas.

Cuando confesé a Heberhardtseinhut mi infidelidad, Heberhardtseinhut, ceñido e implacable, revolví entre sus manos las tres prendas malditas y quedó pensativo unos minutos. Pensaba, sin duda, el medio de hacer de aquellos pedazos minúsculos de tela, algo que todavía pudiera serme útil.

—Hay una manera de que pueda usted aprovechar esto—me dijo conmovido; y partió, llevándose pantalón, chaleco y americana.

Y cumplió su palabra.

Quince días después, Heberhardtseinhut me entregaba, como siempre, en mi propio domicilio, una gorra con visera (treinta y seis).

S.



# CORRESPONDENCIA MUY PARTICULAR

No se devuelven los originales ni se mantiene otra correspondencia que la de esta sección.

Toda la correspondencia artística, literaria y administrativa debe enviarse a la mano a nuestras oficinas, o por correo, precisamente en esta forma:

**BUEN HUMOR**  
APARTADO 12.142  
MADRID

R. L. Zaragoza.—Su trabajo, sobre todo en su parte final, falta abiertamente a las normas establecidas por el humorismo europeo, americano y asiático, para que una cosa pueda ser considerada como humorística sin ofender a la verdad. Lo de usted es sencillamente trágico y está ayuno de chistes. El único golpe que tiene es el que se pega el albañil contra las losas de la calle, cosa, en verdad, que no es para hacer reír ni a las Parcas.

**CASA JIMÉNEZ**  
Primera casa en  
**OBJETOS PARA REGALOS**  
Aparatos fotográficos.  
Cinematografía.  
Preciados, 58 y 60.

K. K. Huefe. — ¡Cochino!

S. G. M. Alicante.—¡Poca moja-ma va usted a adquirir en el mercado con el dinero que le produzca la literatura!

Lesmes.—Usted se ha equivocado ferozmente. Esos versos que nos envía, vienen pero que como anillo a la falange en los Juegos Florales de Cabuérniga, próximo a celebrarse. De llevarlos allí, es seguro que se gana usted la flor natural. Bien es verdad que si se publicasen en BUEN HUMOR, se la ganaba usted también. Eso es más fijo que el ostracismo de Romanones.

**ALBERTO RUIZ**  
JOYERÍA. — CARRETAS, 7  
**Pulseras de pedida.**  
A la presentación de este anuncio, se descuenta el 10 por 100.

Agustín Bomba. Salamanca.—Dice usted en su amable carta: «Le mando estas mal escritas líneas para que se sirva leerlas y las guzgue como mejor le parezca. Sobre todo, desengañeme usted. O sí o no...»  
Pues bien: ¡no!

## PASTILLAS DE CAFÉ Y LECHE

VIUDA DE CELESTINO SOLANO

Primera marca mundial.

LOGROÑO

tiendan. Y quede sobre todo esto la opinión sincera que tenemos de que usted sabe lo que es escribir y de que puede escribir a nuestro total gusto y satisfacción.

para eso, créame usted que están mejor en el Diccionario. Allí, al menos, sabe uno lo que significa cada una.  
Y celebraremos (tomando café) que usted recobre la razón, en el plazo más breve y perentorio posible

**Máquina de escribir**  
**UNDERWOOD**

La mejor del mundo.

Modelos modernos.

ALCALÁ, 39.-MADRID

**HERNIAS**  
Bragueros científicos.  
J. Campos  
único MEDICO  
ORTOPEDICO  
de MADRID  
Augusto Figueroa 8



Mar-K.—Si publicásemos sus *As-tronómicas*, es seguro que veríamos las estrellas del palo (o palos) que nos atizarían algunos lectores vengativos.

A. Lobo. Madrid.—Humorístico señor Lobo: un refrán, bastante autorizado, dice que del Lobo, un pelo. Nosotros, que somos exage-

**Crema Solar**



Boca sana — Dientes blancos.  
Aliento perfumado.  
CORTES, HERMANOS.—BARCELONA

E. A. Oviedo.—Eminente jurista y bienhumorado amigo: ¿No le parece a usted, sin que esto signifique ofensa ni menosprecio, que el estilo

Un demente extravagante. Tres Forcas.—Respetable señor nuestro y distinguidísimo alienado: no hemos logrado entender ni una pala-

radamente generosos, no queremos hacer caso del refrán, porque sería igual que tomarle el pelo a usted.

Lo cual no sería más que una merceda represalia, pues usted, con su artículo, nos lo ha tomado a nosotros primero.

Y no obstante, le perdonamos ¡Qué grandes, qué inmensos, qué gigantescos somos!



Blancura de cutis se obtiene con el empleo

de

**Crema BELLA AURORA**

ÚNICO REPRESENTANTE EN ESPAÑA

**ANTONIO DALMAU**

BALMES, 51. — BARCELONA

J. Guadilla. Bilbao.—Acabamos de leer esas *Memorias de un duro sevillano* que ha tenido la amabilidad de remitirnos.

Nuestra contestación es la siguiente: en atención a que nos ha enviado usted *Memorias*, le mandamos nosotros recuerdos, para usted y para toda su distinguida familia.

Esto tal vez le parezca a usted un poco duro, pero más duro es lo del duro (sevillano) y no nos hemos quejado.

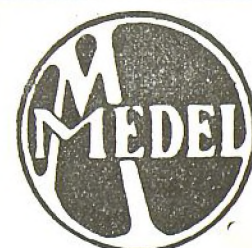
en que está escrito su artículo es un tanto mauritano, cavernoso e inextricable?... Reconózcalo: ¡hay momentos en que el lío que se hace usted con su prosa es atroz, que no hay medio de salir del laberinto de palabras que se ofrece a nuestros espantados ojos!... Simplifíquese usted y olvide que es juriconsulto distinguido. Un cuento humorístico, no es una oración forense. Los cuentos humorísticos es preciso entenderlos. Los informes en el Foro da lo mismo que no se en-

bra de su artículo. Sigue usted el mismo procedimiento que Maura: el de usar palabras castellanas, pero no colocarlas en su sitio; y,

**Bodegas de los CEAS**

Bebed Licor Benedetto, Anís Santa Margarita y Anisette Venus.

Alberto Aguilera, 29. Teléfono 10-59



**GRAN VIA, 18**

JUGUETES

COCHES DE NIÑO

D. G. A. Madrid.—Pepita Sevilla es muchísimo más joven que el procedimiento que usted ha usado para escribir su artículo *Madrid al plato*. Pasa al cesto, lo cual que lo sentimos una barbaridad.



# EL BUEN HUMOR DEL PÚBLICO

Para tomar parte en este Concurso, es condición indispensable que todo envío de chistes venga acompañado de su correspondiente cupón y con la firma del remitente **al pie de cada cuartilla, nunca en carta aparte**, aunque al publicarse los trabajos no conste su nombre, sino un seudónimo, si así lo advierte el interesado. En el sobre indíquese: «Para el Concurso de chistes.»

Concederemos un premio de **DIEZ PESETAS** al mejor chiste de los publicados en cada número.

Es condición indispensable la presentación de la cédula personal para el cobro de los premios.

¡Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuran como autores de los mismos.

*El premio del número anterior ha correspondido al siguiente chiste:*

—Oye, Manolo, ¿tú sabes de quién son las ruinas de Itálica?

—No sabía que tuvieran dueño.

—Pues son de una señora. ¿No has oído decir que son campos de Soledad Mustio Collado?...

*Jotaerrepé.—Sevilla*

El cobrador de un tranvía, detenido ya hace dos horas por falta de fluido, se acerca a un borracho que duerme la mona en el interior del coche, y le dice:

—¡Eh, amigo! ¡Que no hay corriente!

A lo que contesta el borracho:  
—Pues si no hay corriente, ¡démela usted de Cazalla!...

*K. T. T.*

*Sus gustos son refinados.  
No hay placer del que se prive.  
Por eso, si se acatarra,  
toma el Licor de Orive.*

A un obrero que se encontraba en lo alto de la Giralda, le empezó a dar grandes voces un mendigo para que bajase. Tanto insistió el pobre, que el obrero accedió a descender hasta la calle. Y una vez allí, le dijo el mendigo:

—¡Hermano, una limosna por Dios!

—¡Pero, hombre! ¿Y para eso me hace usted bajar?—contestó el obrero, mosqueado.—En fin, venga usted conmigo.

Empezaron la ascensión y al llegar arriba, le dijo el trabajador:

—¿Usted quería una limosna, no?... ¡Pues Dios le ampare!

*Rigoletto.*

El colmo de una niñera.  
Quedarse una noche en la calle por el gusto de dormir *al sereno*.

*Rafael Toro L. de Guevara.  
Córdoba.*

**FAJAS DE GOMA**  
Sostenes IDEAL  
**PRESA** Fuencarral, 72.  
Teléfono 48-00.

El colmo de un aviador.  
Morirse y llegar al otro mundo en un vuelo.

*Alfonso Lázaro.—Madrid.*

Un guasón entra en una camisería y se encara con el dependiente, diciéndole:

—¿Me quiere usted enseñar unas camisas, padre de mi alma?

—¡¡Cómo!! ¿Que yo soy padre de usted?

—Sí, señor. Usted es el que saca las camisas, y yo *el-ijo*.

*Bandeja.—Toledo.*

Examen de Doctrina.

—¿Cuántos son los enemigos del hombre?

—Tres.

—¿Cuáles son?

Las solteras, las casadas y las viudas.

*Escesede.—Madrid.*

A nuestros suscriptores, de Madrid y provincias, que durante el veraneo cambien de residencia, se les seguirá sirviendo nuestro semanario a la nueva dirección, si nos advierten por carta, dirigida al apartado 12.142, Madrid, el cambio de domicilio.

El colmo de un pescador.  
Echar el anzuelo en una cazuela de arroz, para ver si pican los pimientos.

*Celes Díez y su prima.—Bilbao.*

**AMADOR**  
— FOTÓGRAFO —  
PUERTA DEL SOL, 13

—¿En qué se parecen los dedos de un rey a los pillos de cincuenta?  
—En que son *de-dos reales*.

*Casimiro Estébanez.  
Venta de Baños.*

**CALZADOS LLORENTE**  
Carmen, número 25

Los mejores de Madrid.  
A la presentación de este anuncio, se hará el 10 por 100 de descuento.

El colmo de un tenedor de libros.  
Hacer los asientos de rejilla.

*César Talens.—Barcelona.*

**CURIOSIDADES MATEMÁTICAS**  
por P. LAHOZ  
Brujerías de los números,  
rarezas, adivinaciones,  
ingeniosidades.

**PRECIO: DOS PESETAS**  
Librería y bibliotecas estaciones

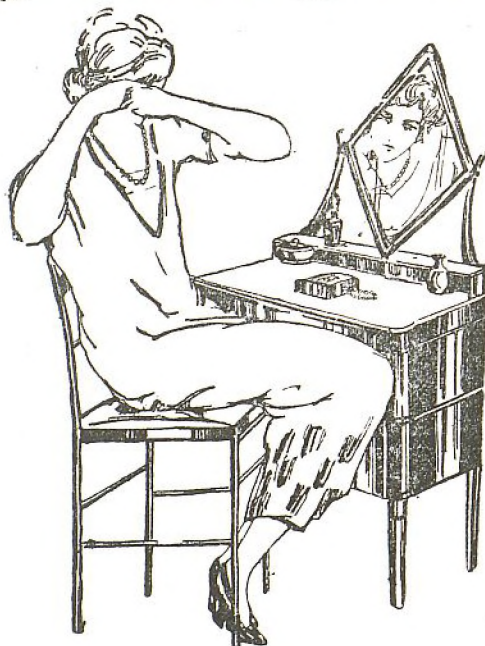
El Juez.—Es inútil que niegue usted haber cometido el hurto. Le puedo presentar seis testigos que lo presenciaron.

El Acusado.—Y yo, señor juez, le puedo presentar seis mil que no lo han visto.

*C. Porrillo.—Madrid.*

**ARTES DE LA ILUSTRACIÓN**  
Provisiones, 12.

## Indra Perla



Es imposible imitar su oriente; son las más estimadas universalmente y los joyeros las recomiendan a su clientela por ser superiores a todas las demás.

Collares Sautories, Aretes, Botones de pechera y Alfileres de corbata.  
**EN TODAS LAS JOYERIAS**





# CREMA

# LIDA

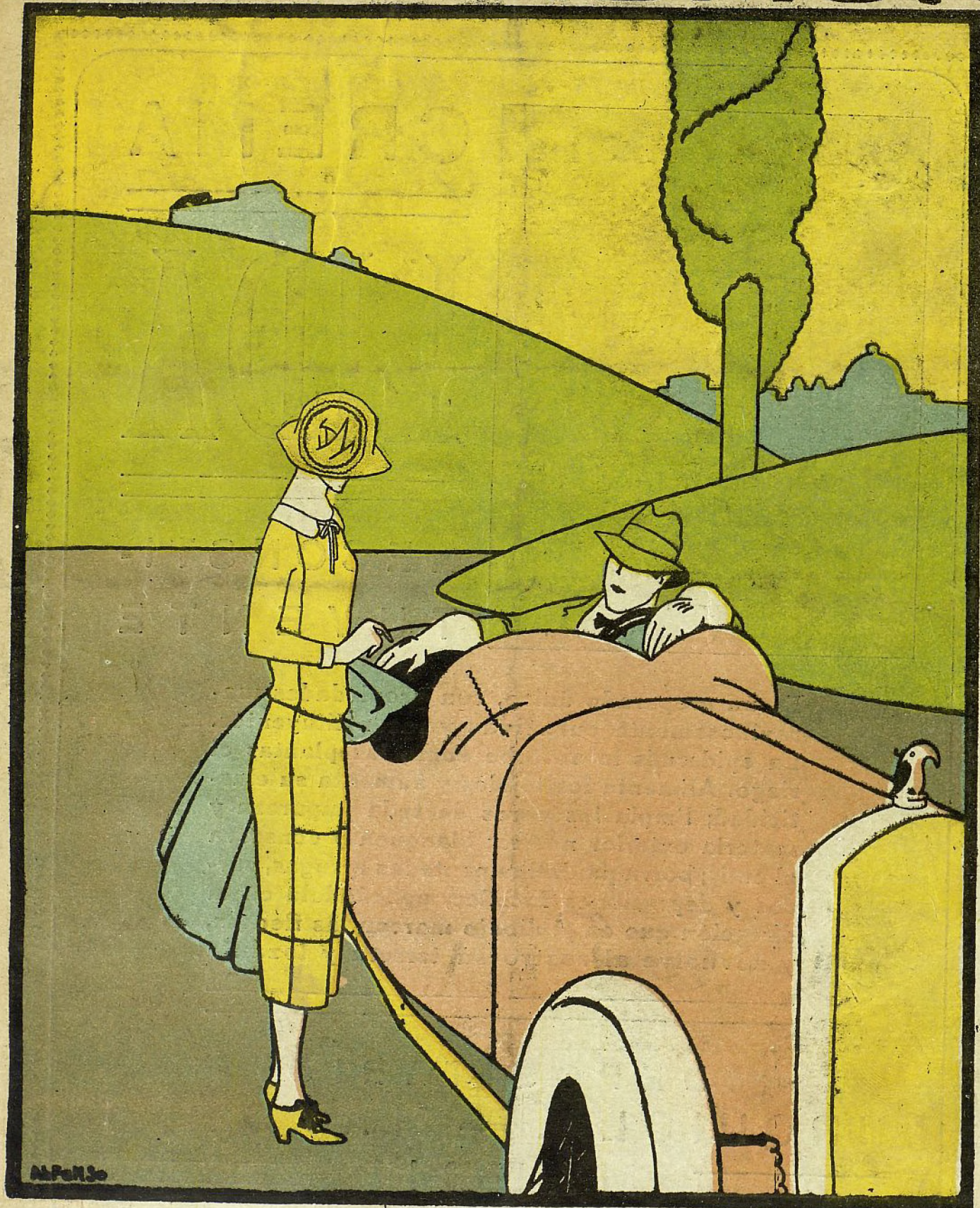
## RECONSTITUYENTE

Es un preparado único, con propiedades maravillosamente curativas y reconstituyentes. La epidermis lo absorbe como las plantas el riego. Alimenta los tejidos y aumenta su elasticidad; limpia los poros de toda impureza y materia exterior nociva; blanquea y conserva el cutis; borra paulatinamente las arrugas, surcos y depresiones faciales, aplicándola en la dirección que en el dibujo marcan las flechas, y devuelve al rostro su tersura y lozanía

DEPOSITARIO  
URQUIOLA. — MAYOR, 1  
MADRID



# BUEN HUMOR



Dib. ALFONSO. — Madrid.

—Este coche es muy bonito... ¿arrea?  
—¡Con decirte que las doce horas me las hice en seis!